

A woman with long brown hair, wearing a white bikini and a straw hat with a brown band, is smiling and looking to her left. She is holding a glass of red juice with a lime wedge and a straw. The background is a bright blue sky and a body of water.

*Mucho  
más que  
sexo*

*Oliver  
Cruz*

Mucho más que sexo

Oliver Cruz

Noviembre 2019

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

## Capítulo I

Rojo, es ese mi color preferido, es que llevo la pasión en mis venas y siento que hasta este día no he podido disfrutar de mis fantasías. Quizás parezca que soy muy apasionada, tal vez eso me describa por mi forma de ser, de vestir, pero en verdad pienso que es el verdadero color de la vida. Cada uno se define en su propio concepto y es algo que evito discutir hasta con mis padres mientras estamos compartiendo un domingo en familia. Ellos son gran parte de mi entorno social, a pesar de que me considero muy independiente. Para algunos de mis tíos, crucé la delgada línea de la libertad al irme a vivir sola apenas cumplí la mayoría de edad, quizás porque mis primos aun siguen viviendo bajo sus sombras y privados hasta de decidir por el color de un coche nuevo. En ese sentido, mis padres me dieron el apoyo que necesité para iniciar mi vida fuera de su casa y hasta ahora no los defraudé ni a mí tampoco al decirle adiós a la persona con quien tomé la decisión de vivir en ese momento.

Llevo más de diez años siguiendo mi propio ritmo, apostando a un estilo de vida al que me costó un poco acostumbrarme porque no quise estar atada a la rutina de una princesa que en la práctica era lo que vivía en casa de mis padres ¡Pero funcionó, eso que en principio me dio miedo! Pude conocer lo que era en verdad la libertad física porque mi alma siempre iba a estar atada a un sentimiento, a un amor que hasta ahora no había conocido más allá del sexo entre uno que otro noviazgo de los que estaba segura de que no era un sentir auténtico.

—¡Disculpa Gabriela, ya dejé la casa lista! Nos vemos en quince días otra vez para hacer la limpieza —Dijo Luisa, la señora que iba a hacer el aseo en mi casa.

—Muchas gracias, Luisa, eres muy amable conmigo. Te dejé el pago sobre la mesa, disculpa si estuve un poco ausente mientras me hablabas, tengo mi cabeza en la empresa, ya sabes cómo soy con esos temas, sobre todo cuando he decidido viajar —le respondí con una sonrisa de agradecimiento.

—No se preocupe, ya son casi diez años que llevo conociendo de usted y es una joven bastante responsable, pero ya es momento que se tome un tiempo de descanso, merece disfrutar un poco más, se va a envejecer y no va a hacer una familia —expresó Luisa y sus palabras me conmovieron un poco —Estoy muy feliz de saber que se va con sus amigas aunque para un sitio bastante alejado —confesó —Si yo tuviera la belleza de usted, que no haría... qué no haría! —comentó riendo.

—¡Eres una traviesa Luisa! —le respondí entre una carcajada —Ahora me preocupó un poco por lo que dices, en verdad ¿piensas que estoy envejeciendo? —le pregunté con temor a que sus pensamientos fueran ciertos al mismo tiempo que me posaba frente al espejo de mi tocador para mirarme al espejo.

—Yo también disfruto, no se crea, pero lo tengo que hacer de manera discreta porque tengo

marido, pero usted es diferente y no es lo que está pensando ¡No, cómo va a decir eso! Solo quise ponerla alerta, es que a veces se nos va el tiempo en cosas que son materiales y la juventud se marcha sin avisar, aunque también avisa con las arrugas, sino míreme a mí —respondió mostrándome su rostro muy de cerca —Pero no me haga caso ¡Mejor me voy! Deseo que disfruten mucho de esos carnavales y se coman todo lo que consigan —contestó entre sonrisas y se marchó.

Las palabras de Luisa me hicieron reír mucho, ella me conocía bastante bien y en ocasiones se sentaba a hablarme de sus aventuras amorosas y en verdad que vivió muy intensamente su juventud, pero también me quedé pensando un poco y ella tenía razón, pero eso ya lo estaba asumiendo y por eso había planificado el viaje a Brasil aprovechando que estaba la época de carnavales y qué mejor que conocer una tierra tan tropical, en la que podía tener la oportunidad de experimentar las aventuras sexuales más alocadas antes que me llegara el amor verdadero y nada mejor que ir rodeada de las personas más cercanas a mí, mis amigas.

Mi equipaje ya estaba en mi coche, solo me faltaba buscar las llaves que había dejado en algún lugar de la cocina y apenas la encontré, salí a buscar a Lyn, Claudia y Sheila. Ellas me iban a acompañar en esa aventura de carnavalesca que de alguna manera nos iba a cambiar la vida a todas porque Claudia y Sheila pensaban igual que yo, solo Lyn iba casi arrastras, ella era la única de nosotras que había tenido una relación duradera hasta hace poco.

—Gracias por estar aquí conmigo amigas, vamos camino al aeropuerto. Le marqué al piloto del chárter y me dijo que ya estaba en la pista de aterrizaje —les dije a todas después que estaban dentro del coche.

—Ya estoy nerviosa, la ansiedad por estar en uno de los carnavales más grandes del mundo me invade —respondió Claudia emocionada —Imagino que voy a encontrar al hombre que por fin me parta en dos en la cama o en un coche o en cualquier lado —continuó hablando de sus fantasías mientras todas reíamos al oírla, excepto Lyn que se imaginaba estar en un convento de monjas.

—¡Ustedes y sus locuras! Yo quiero probar ese coctel, ¿cómo es que se llama? —preguntó Lyn muy risueña —Aunque mi realidad es que voy para tratar de olvidar algunos eventos de mi vida —comentó con su mirada ausente.

—Caipiriña o algo así, de verdad que yo lo único que quiero es descansar un poco del trabajo, al menos al llegar —contestó Sheila mientras reposaba su cabeza sobre el asiento —¡Ya, no comiences con cosas tristes, es momento de sonreír y disfrutar de la vida! —le dijo a Lyn.

—Pienso igual que Sheila, solo quiero huir un poco de la responsabilidad de la empresa y conocer si realmente los hombres de ese lugar son tan explosivos sexualmente como lo dicen —comenté a todas —Aunque dejé el mando en buenas manos, tendré un porcentaje de mis pensamientos en mi trabajo —les dije mirándolas por el espejuelo retrovisor del coche con una carcajada al aceptar que no podía estar disfrutando del todo.

—¿En buenas manos? ¿Dices que dejaste la empresa en buenas manos, Gabriela? —preguntó

Lyn con algo de ironía, pero ya sabía el motivo de su interrogante.

—Sí, Lyn. Aunque hayas terminado con Bruno no puedo quitarle el mérito a su profesionalismo. Es un buen gerente de la empresa, hasta ahora me ha respondido bien —le contesté de manera muy sincera mientras veía que Claudia para buscar apoyo en sus palabras.

—¿Profesionalismo? ¡Estás hablando en serio! ¡No puedo creer que digas que un hombre es un buen profesional cuando se ha follado a su asistente y le montó los cuernos a tu mejor amiga! —gritó Lyn insistiendo en el tema con sus ojos empañados en lágrimas —¡Ustedes no han sido las que vieron cómo esa puta se le movía dejando sus enormes pechos al aire! Se lo estaba ligando en mis narices porque cuando iba a su oficina ella me atendía como si le sirviera a una reina —comentó muy conmovida y enfadada a la vez.

Era evidente que mi amiga continuaba sufriendo luego que Bruno la traicionara con su asistente y sobre todo después de tener cómo se la follaba frente a ella. Estaba segura de que aún tenía esa imagen en su mente cuando entró a la oficina y la vio a ella sobre él. Claudia la abrazó y Sheila que iba a mi lado se quedó mirándome, como si me pidiera que midiera un poco mis palabras para no lastimar más a Lyn.

—Es cierto, amiga, Bruno resultó ser un trapacero, pero sabes qué fue lo que sucedió luego que me lo comentaste. Los cité a los dos en mi oficina y les pedí que se fuera uno de ellos. Bruno se iba a ir, pero Sofia insistió en hacerlo. Ella me dijo que te pidiera perdón en su nombre —le contesté con un tono de voz muy suave, como si quiera abrazarla con mis palabras y evitar que su sufrimiento aumentara al seguir recordando ese tan desagradable momento en su vida.

—Era obvio que se tenía que ir ella, es que todos en la empresa la iban a arrendar y con desprecio. Pero Bruno es el más descarado que no le importó quedarse y convertirse en el payaso de todos y recibiendo las críticas más fuerte que haya podido tener un empleado dentro de una empresa —expresó Lyn.

—¡Dejemos el pasado atrás, vamos a los carnavales de Brasil a ligar con muchos hombres, así te desquitas amiga! —Gritó Claudia con sus locuras y no pudimos evitar sonreír.

Hasta Lyn dibujó una mueca en su boca al escuchar a Claudia gritar de esa manera. Subí el volumen de la música para que se olvidara un poco la conversación y lo pude lograr. Ya cuando llegamos al aeropuerto, estábamos muy emocionadas por tomar el vuelo y llegar a unas tierras tan aclamadas por nuestras ganas de disfrutar y olvidar.

Comimos, reímos, cantamos y dormimos durante el vuelo que no notamos cuántas largas horas tardamos en llegar, solo la sensación de angustia nos despertó cuando el piloto anunció que íbamos a aterrizar y algo hizo que nos mantuviéramos alertas.

—¡Por favor aseguren sus cinturones, estamos detectando un problema en uno de los motores del avión! —gritó el piloto a través del parlante y todas nos quedamos mirando sin poder hablar.

Enseguida nos colocamos el cinturón de seguridad y de pronto, el avión comenzó a descender

a muy rápida velocidad que tuvimos que quedarnos quietas porque de alguna manera sentíamos que el asiento iba a salir disparado por tanta presión. Mi mente no lograba entender y asimilar lo que sucedía y me preguntaba el por qué estaba ocurriendo eso y volteé a mirar a mis amigas. Sus rostros estaban desconcertados, al igual que yo se hacían miles de preguntas y de pronto, sentimos un impacto muy fuerte que pensé que se habían desprendidos mis entrañas.

¡Todo sucedió tan de prisa! Pude abrir mis ojos y escuché que estaban ladrando algunos perros y oía voces de varias personas que no podía reconocer. Había despertado como de un sueño, pero mi cabeza me daba señales que algo malo sucedía por el fuerte dolor y fue entonces cuando me recordé el alerta del piloto y del golpe por el choque que debimos tener al aterrizar de manera muy brusca sobre la pista del aeropuerto de la capital de Brasil. Intenté gritar para avisar que estaba viva y cuando volteé a mirar, Lyn estaba tirada a un lado del asiento y me desesperé por ayudarla en lo que Sheila y Claudia también despertando quejándose del dolor. Como pude, me solté el cinturón y caí al pasillo del avión para acercarme arrastrando a Lyn.

—¡Lyn, amiga despierta! —grité mientras aflojaba el cinturón para soltarme —¡Por favor mírame, no me hagas esto, Lyn! —insistí en que despertara, pero algo no andaba bien con ella.

Me acerqué a ella, estaba sobre un gran charco de sangre que me preocupó mucho. Quise tocarla, pero Claudia tomó mi mano al mismo tiempo que Sheila apresuraba sus pasos para salir del avión a pesar del dolor que demostraba en su rostro y pidió ayuda que no demoró en llegar. De inmediato, entraron los rescatistas y nos llevaron a Claudia y a mí y se quedaron con Lyn. Nos subieron en una ambulancia y en el hospital más cercano nos atendieron.

—¿Cómo está mi amiga Lyn? —le pregunté a una enfermera que arreglaba mi almohada apenas abrí los ojos, pero no me respondió, solo se quedó mirándome y abrió la puerta para que entraran mis padres.

—¡Hija, no sabes el susto que nos has dado! —gritó mi padre bastante conmovido.

—¿Pero, cómo es que llegaron aquí tan pronto? —les pregunté asombrada al mismo tiempo que intentaban abrazarme.

—Llevamos dos semanas aquí en Brasil, esperando que pudieras abrir los ojos. Luego que los rescatistas te trajeran, tu organismo se descompensó y solo un milagro te iba a devolver a la vida ¡Me alegra tanto que hayas regresado, hija! —contestó mi madre llorando y dándome besos en mi frente.

—¿Y Lyn, cómo está ella? Yo me siento muy bien, me alegra mucho verlos aquí, pero también quiero saber de mis amigas —le pregunté con insistencia.

—Lyn murió en el accidente, cuando los rescatistas las encontraron, ya ella estaba sin vida y no se pudo hacer nada. En verdad lo siento mucho, Gabriela, sé cuánto ustedes se amaban como hermanas —confesó mi padre y me senté en la cama a llorar.

Dejé que mis lágrimas sacaran todo el dolor y la angustia que me embargaba en ese momento

mientras recibía el amor de mis padres. Tenía en mi mente el recuerdo latente de Lyn rodeada de un charco de sangre y yo ahí, a su lado, pero sin poder hacer nada por ella. Sufría con tan solo pensar que mi invitación a hacerla olvidar no se había dado o que tal vez ella había viajado y también se encontró con lo que su alma quería y no era otra cosa que la paz que necesitaba porque en verdad estaba muy agobiada, muy sufrida.

—¿Y Claudia está bien? ¿Y Sheila? Quiero que me digan por favor, si están bien —les pregunté con serenidad después el desahogo al enterarme de la muerte de mi amiga.

—Ellas están bien, regresaron a nuestra ciudad a los dos días, pero por recomendaciones médicas no pudimos hacer tu traslado. Voy a buscar al doctor para que venga a revisarte, ya regreso hija —comentó mi padre y me dejó con mi madre.

Ella me miró y sentí que me abrazaba desde lo más profundo de mí ser y solo buscaba que sintiera un poco de paz, una que en verdad me había transmitido. Unos segundos después, en efecto, el doctor entró y posterior a la evaluación ya había dado la orden que podía regresar a mi país y eso en parte me dio una gran alegría en medio de la desgracia que había vivido.

No demoramos, al día siguiente ya estaba de vuelta y lo primero que hice fue buscar a mis amigas. Nos reunimos en uno de los cafés donde solíamos estar las cuatro y la nostalgia nos invadió.

—Aún no puedo creer que Lyn se haya ido de esa manera, no concibo la idea de haberla perdido. Lo siento mucho amigas, tal vez no fue la mejor idea de mi parte, quizás ese viaje jamás debí planificarlo —les dije llorando al mismo tiempo que bebía un poco del café caliente que recién me habían puesto sobre la mesa.

—Tal vez esto te tranquilice, Gabriela. Es un video que grabamos Lyn y yo antes que pasaras por nosotras ese día antes de ir al aeropuerto —contestó Claudia mientras ponía a correr un video en su móvil.

*Estamos aquí, hoy diez de octubre, son apenas las ocho de la mañana y Gabriela nos viene a buscar. Soy Lyn y quiero que sepan todos que me siento la mujer más feliz del mundo por tener a Claudia, Sheila y a Gabriela como mis amigas. Aunque esas locas vayan por sexo, yo solo me conformo con conocer un país nuevo. Ya con eso tengo la vida ganada y voy a Brasil a buscar mi paz, esa que solo Dios sabe cómo la debo encontrar para alejar de una vez por todas este dolor que llevo en mi pecho ¡Las amo amigas, las amaré por siempre!*

—¡No lo puedo creer! —le respondí a Claudia con lágrimas en mis ojos —Es como si Lyn de alguna manera sabía que se iba a morir. Es un mensaje muy lindo el que nos dejó en esa grabación, muchas gracias por mostrarlo, Claudia —le respondí secando mis lágrimas y las tres nos unimos en un mismo abrazo para recordar a Lyn.

Después de esa tarde de amigas, pasaron varias semanas en las que tuve que retomar mi vida sin dejar de tener presente a Lyn y más cuando tenía que reunirme con Bruno para hablar asuntos

de la empresa.

—¿Puedo entrar, Gabriela? —preguntó Bruno luego de tocar la puerta y se hacía ver su rostro.

Me puse de pie, mirar a Bruno me incomodaba mucho su actitud actor de película pornográfica y sobre todo al recordar los reproches de Lyn cuando íbamos en mi coche para el aeropuerto donde me decía que había hecho mal en tenerlo a él trabajando conmigo después del sufrimiento que le había causado.

—Sí, puedes seguir y tomar asiento —le respondí y enseguida cerré la puerta, decidida por completo a pedirle su renuncia.

—Gabriela, quiero aprovechar esta reunión para decirte que no soporto estar ni un día más aquí. Mi oficina me recuerda a la traición que le hice a Lyn y ahora ella no está para pedirle perdón, no puedo con mi culpa y sufro ante su pérdida aunque muchos no crean en mis palabras —confesó y sus palabras me dejaron muy confundida.

—¿Qué quieres decir, Bruno? Creo que estás hablando algo que no tiene relación en este momento, pero ya que tocas ese tema, quiero escuchar lo que me tienes que decir —le dije buscando la manera que terminara su idea.

Apenas me senté, Bruno comenzó a narrar lo mal que se sentía luego de la muerte de Lyn y me entregó su carta de renuncia. De alguna manera le estaba rindiendo un homenaje a mi amiga, ya Bruno no estaba más en la empresa trabajando para mí y al verlo salir de mi oficina comencé a sonreír, cerré mis ojos e intenté traerla a mí mente.

## Capítulo II

De inmediato le marqué a mi asistente y le pedí que se encargara de toda su liquidación para que no tuviera que pisar más mi oficina. Al final de la tarde, recibí un correo electrónico en el que me informaban de una gran celebración de sociedad a la que debía asistir por invitación del presidente a las familias de abolengo. No dudé en marcarle al móvil de mi madre para preguntarle si les había llegado a ellos también.

—¡Claro que sí, hija! Este tipo de eventos de caridad organizados por el presidente son los eventos más importantes del año, así que tú vendrás con nosotros. Sé que eres una mujer independiente, pero debemos asistir en familia —comentó mi madre dejando un poco pensativa.

—No lo sé, madre. Pienso que la muerte de Lyn está muy reciente, apenas si han pasado unas semanas y no creo que esté bien que ya vaya a bailar ni nada de eso, mejor vayan ustedes —le respondí con mucha verdad.

—Te equivocas, creo que Lyn estaría feliz de acompañarte a esa fiesta. Además, recuerda que tu empresa aporta una gran cantidad de dinero para algunas fundaciones y la prensa estará ahí —insistió tratando de convencerme.

—Sí, es cierto madre, tienes toda la razón. Voy a actualizar mi armario para vestir de manera especial para ese día ¡Solo faltan cinco días! —le respondí con asombro al revisar nuevamente el texto del correo y mirar la fecha.

Después de hablar con mi madre, pensé en irme a casa, pero me di cuenta de que se me había complicado un poco la cosa y estaba en un lío al saberme sin mi gerente, había olvidado por completo que Bruno había renunciado y no me quedaba otra opción que hacer su trabajo mientras conseguíamos un reemplazo. Me quedé un par de horas más organizando mi agenda para sacar algo de tiempo para esa celebración de sociedad.

Me sentía muy cansada y antes de irme a casa a dormir, me detuve en una taberna para beber una copa de vino y relajarme un poco, pero un borracho se me acercó intentando tocarme y me disgusté un poco, me levanté y me marché a mi casa. Al amanecer, Luisa ya estaba limpiando la cocina y como siempre me había dejado el desayuno, ella me consentía cada vez que iba a trabajar y eso se lo agradecía mucho.

Llegué a la oficina y no sabía por dónde comenzar porque Ana, mi asistente me había dejado todo el archivo con los pendientes de Bruno sobre el escritorio. Me di cuenta de que si no se iba, en algún momento lo iba a echar de la empresa porque no había estado trabajando por mejorar la empresa.

En solo tres días mi vida de empresaria se había vuelto un caos porque el puesto de Bruno seguía vacante, pero pude resolver y sacar el trabajo atrasado. Esa mañana, un día antes de la gran celebración en la casa presidencial, Claudia estuvo conversando conmigo a través de mi móvil.

—Deberías estar comprando tu vestido para mañana, Gabriela ¡Ya deja de trabajar! —gritó Claudia buscando de convencerme —¿No te emociona la idea de ligarte a un hombre de esos guapos de sociedad y llevártelo a uno de los baños de la casa presidencia y fallártelo hasta que sientas ganas de gritar y que todos ahí se enteren? —me preguntó haciendo que se me despertara la emoción de sentirme embriagada por las mieles de un buen sexo apasionado y ocasional, pero algo dentro mí ya quería pasar esa etapa y sentir la tranquilidad de disfrutar de un amor intenso.

—No sé, amiga, creo que no es buena idea que asista a esa fiesta, lo único que quiero es dormir, estar en mi cama por todo el fin de semana —le respondí a Claudia al mismo tiempo que intentaba mover mi cuello y liberarlo un poco de la tensión muscular —Además, sería una completa locura eso que piensas, ¡imagínate el escándalo que se haría si alguien me descubre en el baño follando, sobre todo mis padres! Hay sitios para eso, tú no puedes pensar en nada más que eso, Claudia —le dije haciéndole ver su tontería.

—Sí, ya sabes que me emociona un buen sexo, me hace enloquecer, pero tienes razón —contestó —Y nada de eso, ya voy a pedirle a Sheila que me venga a buscar para sacarte de esa oficina y llevarte a comprar tu vestido, no es posible que siendo la dueña de una de las empresas más importantes del país tengas que quedarte el fin de semana en tu casa por exceso de trabajo ¡Vas a ir a esa fiesta así sea lo último que haga en esta vida! —gritó y enseguida cortó la llamada.

Comencé a sonreír por las locuras de Claudia, pero no pensé que se iba a atrever y lo hizo, cumplió su palabra y en menos de una hora ya estaba con Sheila en mi oficina casi que sacándome con el teclado en las manos.

—¡Ya amigas, está bien! Me han convencido, pero no me maltraten que yo puedo caminar sin que me sostengan —le contesté riendo aunque mi tono de voz reflejaba mucha seriedad —¿Trajeron coche o vamos en el mío? —le pregunté aunque ya sabía cuál iba a ser sus respuestas.

—¡No, ya sabes que ando sin coche y Claudia se estresa cuando va a manejar! Tomamos un servicio hasta aquí —respondió Sheila mientras nos reíamos.

Salimos las tres a buscar mi vestido perfecto, contaba como siempre con la experiencia de Claudia en el mundo de la moda y confiaba plenamente en su buen ojo para eso, así que dejé que ella escogiera algunos de los que me iba a probar mientras ambas se sentaban afuera del probador para mirarme desfilando y no hizo falta colocarme el segundo vestido, el primero ya me había dado esa conexión y me sentí bastante cómoda con el color rojo aunque para Sheila me veía demasiado puta.

Después de dejar a mis amigas en sus casas, llegué a la mía y me fui directo a descansar. A pesar de que no era un evento de modas, tenía que verme muy bien porque la prensa nos iba a tomar muchas fotos para plasmarlas en las principales revistas de sociedad del país y necesitaba verme muy fresca, lo que conseguí al dormir temprano.

Al amanecer, llegé a mi casa la maquillista, me iba a peinar y a maquillar. Le pedí algo muy

natural sobre todo en el cabello porque era mi accesorio favorito. Lo quería llevar suelto para que cubriera mi espalda del profundo escote del vestido y listo, ya había quedado como toda una princesa porque estaba segura de que mi madre iba a lucir como toda una reina. A las seis de la tarde, mis padres pasaron por mí con su chofer y en tan solo minutos habíamos llegado a la celebración. Saludamos a mucha gente, posamos para diferentes cámaras fotográficas hasta que ya los reporteros nos separaron para pedir una entrevista sobre los logros de nuestras empresas.

—Gabriela, comenta para nuestro canal de televisión si tu empresa continúa colaborando con la fundación del gobierno para los pobres del país ¿Qué tienes que decir al respecto? —preguntó el reportero al mismo tiempo que me ponía el micrófono muy cerca de la boca, tanto que tuve que hacer mi cabeza hacia atrás para no tragarlo literalmente.

Cuando me dispuse a contestar, hubo algo que llamó mi atención, más bien alguien. Fue como si me dijeran a mis oídos que la vida me estaba presentando al amor de mi vida. Sentí una punzada en mi corazón y no podía ser otra cosa que la punta de la flecha de Cupido y fue difícil sonreír. Mi mirada se clavó en sus ojos, no supe si él me miraba, pero yo no podía hacer otra cosa que verlo. Se veía tan guapo, que mis hormonas reaccionaron enseguida como toda una hembra en celo que estaba frente al macho alfa de la manada.

—¡Gabriela, puede por favor decirnos su comentario! —gritó el reportero haciendo que regresara de mi fantasía de amor para ubicarme en el espacio que ocupaba hace tan solo unos segundos.

—¡Sí, por supuesto! —le respondí y comencé a hablar sobre las colaboraciones que había hecho durante el año, pero mis respuestas estaban siendo un poco automática y sin culminar mi idea, me separé de las cámaras y dejé al reportero con sus preguntas a medio responder.

Caminé rápidamente a su encuentro, podía imaginarme con él toda una vida teniendo sexo en la cama, despertando feliz, enamorada y en cuanto estuve frente a él, no vacilé en hablarle.

—Buenas, disculpa es que te miré y no pude evitar acercarme, ¿me dices por favor la hora? —le dije apenas me acerqué a ese hombre que estaba convencida que se trataba del amor de mi vida porque mi corazón no podía latir tan fuerte como lo estaba haciendo al tenerlo frente a mí sin importarme que podía parecer tan puta para él.

—Es la hora perfecta... —respondió con una sonrisa luego de mirar su reloj —Para mí, es la hora de conocer a la mujer de mi vida, ¡mucho gusto, soy José Alberto! —continuó extendiendo su mano mientras levantaba su ceja haciendo su mirada muy atrevida al recorrer todo mi cuerpo con sus ojos.

—¡Gabriela, ese es mi nombre y el gusto es completamente mío! —le dije estrechando delicadamente su mano y un poco avergonzada, con una sonrisa nerviosa al darme cuenta de que podía estar frente a un importante miembro de la sociedad y no sabía que esperar en su reacción.

—No podía esperar un mejor nombre para la mujer de mis sueños. No puedo dejar de admirar

tu belleza y ese cuerpo de sirena, pero debo dejarte, aunque estaré pendiente de ti. Es que el deber me llama y tengo pautada una entrevista en este momento. Disfruta la noche y no te voy a perder de vista, ya tendremos tiempo para hablar aunque sea unos minutos más y si el momento es propicio, me gustaría saborear esos labios rojos —contestó luego de besar mi mano para luego dejarme ahí parada con mi corazón emocionado y mi mirada destellando luces de colores mientras que mi voz solo quería gritar que me había enamorado por primera vez.

No había sentido esa combinación de amor y deseo en un solo hombre y José Alberto me lo había hecho sentir con tan solo mirarlo. Solo con mirarnos ya la pasión se estaba haciendo presente y no podía sacarme de la cabeza ese posible beso que ponía mi mente a volar imaginando lo que podía pasar entre él y yo. Cerré mis ojos y podía verlo frente a mí, besándome y acariciándome las nalgas y...

—¿Estás bien, hija? —preguntó mi madre al verme parada con mis ojos cerrados y sonriendo frente al salón donde se supone que me estaban mirando mucha gente —Vine a buscarte porque llevas algunos minutos así, con los ojos cerrados como si estuvieras viendo en tu imaginación un lugar donde no hay nadie —insistió en saber mi madre.

—Gracias por venir madre, que espectáculo el que le estoy dando a la prensa, no sé que me sucedió, pero espero que no haya sido un sueño —le dije sonriendo mientras nos alejábamos para encontrarnos con mi padre que estaba culminando una entrevista.

Pasamos al salón y nos ubicaron en una mesa alrededor de la pista de baile, luego del banquete y el brindis que propició el presidente, la música comenzó a sonar. Mis padres se levantaron y fueron los primeros en dar pasos y los siguieron muchas otras parejas que llenaron de alegría la noche. Yo no podía dejar de sonreír al ver tantas personas importantes que se habían despojado de la imprudencia que a veces nos invade el pertenecer a cierta clase social.

—¿Me concedes este baile, futura madre de mis hijos? —preguntó José Alberto que me asombró con su llegada.

—¡Cómo decirle que no al futuro padre de mis hijos! —le grité para que pudiera escucharme a través de la música tan alta y me acerqué para decirle algo más en el oído —Pero, para que seas el padre de mis hijos debemos practicar antes y creo que se me antoja mucho —le dije con una sonrisa al mismo tiempo que guiñaba un ojo.

—Si es por mí, te desvestiría en este momento y te subiera en esa mesa para darte bien duro, pero debemos mantener la calma, estamos en un evento en el que debemos tener mucha diplomacia, ven, bailemos —contestó con palabras que me hicieron sentir una cosquilla en mi vagina de solo imaginar, pero él tenía razón.

No podía dejar mi instinto de puta con José Alberto, me despertaba el morbo por saber si follaba como lo imaginaba. Pero serenamente nos fuimos a la pista y de inmediato, rodeó con su mano mi cintura y juntamos nuestros pechos. Sentí un poco de vergüenza porque era imposible

ocultar que estaba muy nerviosa y a la vez tan feliz que mi sonrisa estaba tatuada en mi rostro. Bajó su cabeza junto a la mía y podía sentir su respiración sobre mi cuello, haciendo que mi imaginación volara hasta desnudarnos dentro de ella en plena pista.

—No puedo dejar de pensar en ti, Gabriela. Desde que te vi, algo me dice que no te pierda de vista y ahora que te tengo tan cerca de mí, no sabes lo que me haces desearte, ¿puedes sentir lo que produce tu cuerpo tan junto a mí? —me preguntó al ser tan evidente que estaba teniendo una gran erección —Pero justo hoy no tengo mucho tiempo y no quise perderme la oportunidad de bailar contigo esta primera pieza musical —me dijo y acercó su mejilla a la mía haciendo que mi emoción aumentara al no poder creer lo que me estaba sucediendo.

—No puedo creer que eso nos esté sucediendo a los dos, también sentí igual es este momento puedo decirte que sentir esa erección en mi entrepierna me tiene completamente mojada —le contesté sintiendo mis mejillas calientes —Cuando te vi, no pude evitar acercarme, por eso te pregunté la hora, fue lo primero que me vino a la mente entre otras cosas que están demás decir luego de confesarte que me tienes excitada —le respondí con sinceridad mientras seguíamos muy de cerca bailando.

—¿Entonces estabas tratando de seducirme? —preguntó bromeando y me sentí más avergonzada aún.

—No precisamente, pero estaba siguiendo mi instinto y algo me decía que eres una combinación entre el amor y la pasión que llevo años de búsqueda —le respondí con sinceridad y con la sonrisa que me seguía delatando las ganas enormes de besarlo en ese mismo momento.

La música terminó enseguida como si alguien estuviera sabotando el idilio que estábamos viviendo y cuando pensé que íbamos a continuar bailando, José Alberto me dio un beso en mi mano y me dejó en la pista, sola. Se desapareció como por arte de magia y fue como si me hubiesen lanzado un gran chorro de agua fría. Me regresé sola a la mesa donde ya se estaban sentando mis padres.

—¿Y qué te hiciste, hija? —preguntó mi padre al mismo tiempo que bebía un poco de agua para hidratarse.

—Estaba bailando, ¿conoces a un joven como yo que se llama José Alberto? —le respondí tratando de ser muy respetuosa.

—¿José Alberto, pero qué apellido es? Estoy seguro de que si está aquí debo conocerlo o a su familia —preguntó mi padre como siempre celoso de saber que me puedo enamorar.

—No lo sé, pero no creo que lo conozcas padre. Nuestra clase social es muy extensa y no todos aquí nos conocemos —le dije mientras intentaba ubicar a José Alberto con mi mirada.

La música volvió a sonar y me emocioné mucho esperando que llegara José Alberto para invitarme nuevamente a bailar, pero mi sorpresa fue mucha cuando entre la multitud lo vi bailar de manera muy cercana con otra mujer realmente guapa y fue difícil para mí quedarme sentada en la

mesa después de eso.

—Ya regreso, voy a mirar a ver a quien pudo saludar, así me entretengo un rato —les dije a mis padres al mismo tiempo que me levantaba de la mesa, pero mi mirada seguía cada movimiento de José Alberto mientras bailaba con esa mujer.

Su manera de abrazarla y de mirarla cuando la hacía girar era diferente a como lo hizo conmigo, como si existiera un sentimiento profundo en ellos, era algo que no podía soportar y menos ocultar de la expresión de mi rostro. Estaba enfadada observándolos hasta que me interrumpieron el momento.

—¿Te gustaría bailar conmigo esa canción, Gabriela? —me preguntó Luciano, con quien estuve saliendo hasta hace unos meses atrás.

—¡Luciano, qué sorpresa verte aquí! —le respondí muy nerviosa, temiendo que José Alberto me viera e interpretara algo que no fuera real.

—¿Por qué te extraña? Sabes que soy empresario al igual que tú y que mi familia también pertenece a este mismo círculo social, entonces ¡Bailemos para recordar los viejos y buenos tiempos! —insistió, pero su manera de ser tan desmedida me hizo enfadar aun más.

—No, no quiero bailar Luciano, hace poco bailé con alguien y solo me gustaría que fuese con ese mismo hombre con quien baile lo que quede de noche ¡Con permiso! —le respondí de manera muy grosera y salí al jardín de la gran mansión.

Me di cuenta de que no había tenido la mejor actitud con Luciano, de alguna manera desahugué en él toda mi molestia por haber visto a José Alberto bailando con esa mujer y más por la manera en que lo hacían, es como si estuvieran follando con la ropa delante de todos. Casi se me salieron las lágrimas, estaba muy enfadada, como si se tratara de mi novio cuando ni siquiera tenía su número o tal vez había venido a la fiesta con su novia o esposa y yo preocupándome por alguien que pretendía jugar conmigo.

Luciano me siguió hasta el jardín, me conocía tan bien que sabía que algo me estaba preocupando, pero no le di a entender que tenía razón porque entre él y mi padre había mucha confianza y por nada del mundo quería que le fuese a decir algún comentario.

—¿No estás así porque te pedí bailar, cierto? —preguntó Luciano al acercarse a mí insistiendo en hablar.

—¡No, para nada! Si muchas veces follamos, no tendría por qué molestarme si solo vamos a bailar —le respondí intentando que no viera mi mirada entristecida —Estoy mejor de lo que piensas, creo que hoy es un día muy importante para mí —le expresé y enseguida entré al salón de fiestas dejándolo solo.

Caminé lentamente hacia la mesa donde estaban mis padres y miré hacia la pista para que la ira me quitara la ilusión que me había llenado en tan solo horas de haber conocido a José Alberto. En efecto, él continuaba bailando con la misma mujer, riendo y cruzándose las miradas como

cualquier pareja de enamorados.

### Capítulo III

Apenas la música terminó, no pude mirar si también la había dejado sola en la pista como lo había hecho conmigo porque enseguida la gente se aglomeró y entre las risas, solo pude alcanzar a oír los murmullos de su voz.

—Vamos, quiero que hablemos. Te he estado mirando y tengo la necesidad de advertirte, Gabriela —insistió Luciano y su actitud me hizo enojar mucho.

—No comprendo qué pretendes, Luciano ¡Ya déjame tranquila, te dije que no quiero que bailemos! —le respondí con un tono de voz fuerte ante su insistencia.

—¡Está bien, no bailes conmigo! Solo quiero que sepas que ese hombre, el que ves allá, al que no le has quitado la mirada de encima, es un mujeriego —comentó mientras señalaba desde lejos a José Alberto —Le fascina enamorar a las mujeres, jugar con sus sentimientos y luego dejarlas hasta que le apetezca la que le dé su gana, lo hizo con mi hermana. Se la folló después de enamorarla y la dejó ¡Ten cuidado con José Alberto! —me dijo y con un beso en mi mejilla se despidió.

Nada me gustaría más que José Alberto me follara una, dos y mil veces ¡Conmigo iba a ser diferente! Solo pude pensar en ese momento que Luciano sentía envidia de José Alberto. Tal vez él podía lograr lo que Luciano no pudo en esos meses que estuvimos saliendo juntos intentando tener una relación cuando en verdad es que somos completamente diferentes, solo nos entendíamos teniendo sexo.

Cuando llegué a la mesa, mis padres estaban conversando con unos conocidos cerca del bar y yo saqué mi móvil para revisar mis redes sociales e intentar distraerme un poco, pero una mano fuerte y pesada se posó sobre mi hombro y no pude evitar quedar asombrada y volteé a mirar.

—¿Estás muy callada? Una princesa no puede tener esa mirada de tristeza —me dijo José Alberto y su voz era tan envolvente que no pude evitar sonreír. Él hizo enseguida que se me olvidara la ira que tuve hasta hace unos minutos después de haberlo visto bailar de una manera tan romántica con esa mujer.

—No estoy triste, aunque sí, estoy un poco triste porque pensé que ibas a bailar conmigo otra vez, pero vi que sacaste a otra mujer y muy guapa por cierto —le respondí bajando mi mirada porque en verdad sufrí al verlo con otra.

—No seas tonta, ya sabes cómo son estas fiestas. Estoy convencido que ya tendremos tiempo para compartir y conocernos mejor. Muero por probar esos labios rojos que me incitan a follarte hasta el amanecer. Sonríe por favor que tienes unos dientes hermosos —me dijo y después de darme un beso en mi mano, se marchó como si nada y volvió a dejarme esa extraña sensación que no sabía del todo porque me estaba pasando.

No comprendía, José Alberto iluminaba mi mirada, mi vida y me hacía sacar mi instinto de

puta sin mayor esfuerzo. Él le dio la alegría que mi corazón no había sentido jamás y no podía sostener eso tan hermoso que me hacía vibrar desde lo más profundo de mi ser, solo se marchaba en cuestión de minutos, de una fracción del tiempo. Mis padres se acercaron y comenzaron a preguntarme:

—¿Pero qué haces tan sola aquí, cómo es que no estás bailando? Hay tantos hombres de sociedad aquí que están solteros y tú eres tan guapa hija, que creo que deberían estarse peleando entre ellos porque les concedas un baile —comentó mi padre tratando de halagarme con sus palabras y mi madre no pudo evitar secundarlo.

—Eso sí que es cierto, Gabriel. Nuestra hija sacó mi belleza, por algo gané el concurso de la mujer más bella del universo cuando estaba más joven —expresó mi madre muy risueña sin dejar de abrazarme.

—¡Ya por favor, me están avergonzando con su actitud, ni que fuera una niña! —les dije un poco incomoda y aunque lo evitaba estaba reaccionando como una niña que le habían negado algún juguete.

Tal vez ellos tenían razón, quizás había algún empresario en la fiesta que quisiera sacarme a bailar y entablar una conversación conmigo, pero no me importaba. Es que mi corazón ya estaba flechado con José Alberto y eso nadie lo podía cambiar. Me negué a la idea de disfrutar del evento y por poco comienzo a mordermelas uñas, cegada más por la presión que me tenían mis padres como si de alguna manera estaban buscándome un novio en ese lugar. De pronto la música comenzó a sonar y me senté de espaldas a la pista de baile, esperando que en breve llegara José Alberto a sorprenderme para ir bailar, pero pasaron minutos y a media canción, volteé de manera discreta y él estaba bailando con otra mujer, no tan cercano como la anterior, pero igual se le veía que le estaba coqueteando de alguna manera por su mirada traviesa y manera de acariciar su espalda.

¿Cómo podía ilusionarme con un hombre así en cuestión de horas? Ya estaba cansada de conocer a alguien y tener sexo casual, quería saber lo que sentía estar enamorada y disfrutar de una buena follada con el amor de mi vida. Me preguntaba a medida que me iba decepcionando de él por su manera de actuar. Así pasó toda la noche y mi estadía en la celebración se hizo cada minuto más incómoda, pero me había quedado en la fiesta porque pretendía que José Alberto y yo pudiéramos tener otro acercamiento, pero eso no ocurría y por un momento recordé las palabras de advertencia que Luciano me había hecho sobre él, aunque me era muy difícil de creer.

Cuando José Alberto se quedó solo junto al bar, pensé que era mi momento para acercarme nuevamente y me levanté de la mesa con prisa para pedirle que me concediera ese baile, casualmente era una versión de mi canción preferida y nada mejor que bailarla con el hombre que me estaba robando mi corazón.

—José Alberto, tuve que venir a buscarte porque eres un hombre muy codiciado por las

mujeres aquí ¿Será que podemos bailar esta canción? —le pregunté esperando en todo momento que su respuesta fuera afirmativa.

—Gabriela, preciosa, cómo vas a creer eso. Cualquiera persona que te escucha va a pensar que soy el único hombre del lugar y que me las quiero ligar a todas —respondió entre risas —No puedo bailar en este momento contigo, pero te prometo que apenas pueda voy y te robo de la mesa del señor Gabriel —me dijo y detuve mi emoción por un momento para despejar una duda que me hizo recordar nuevamente la advertencia de Luciano.

—¿Conoces a mi padre? Es que no recuerdo haberte dicho su nombre, si apenas sabemos el nombre de los dos —quise saber de alguna manera.

José Alberto bebió un trago de su vaso, estaba mirando hacia los lados de una manera bastante ansiosa que me dejó un poco desconcertada. Parecía estar ignorando mi pregunta y giraba su cabeza hacia los lados al mismo tiempo que vaciaba por completo su vaso, pero cuando pensé que iba a continuar con su silencio, se acercó a mí y me habló al oído con ese tono de voz que me dejaba helada de emoción.

—Quiero conocer más de ti, me tienes hechizado —me dijo y con una sonrisa en sus labios se fue alejando dejándome nuevamente sola.

—¡José Alberto! —grité para tratar que regresara, pero en cuestión de segundo se había desvanecido entre la multitud.

No me estaba volviendo loca porque también Luciano podía verlo ¡Entonces José Alberto era real! Ya no sabía qué pensar porque su presencia era tan fugaz que cualquiera pudiera pensar que se trataba de alguien irreal y así fue pasando mi noche, entre las desapariciones del hombre que había flechado mi corazón y mis ganas únicas de tenerlo a mí lado aunque fuese por un segundo. Cuando me iba a sentar nuevamente en la mesa, mi móvil me hizo detener y tuve que salir al jardín para poder contestar la llamada de Sheila.

—¿Cómo te está yendo en esa mega celebración, amiga? —preguntó Sheila muy curiosa.

—¡Bien, no tienes idea de lo que me ha pasado! Ustedes no se equivocaron al pedirme que viniera —le dije con emoción y mi sonrisa nerviosa que ella solo podía sentir a través de mi voz.

—¿Pero de qué se trata? Te noto muy nerviosa y emocionada a la vez, cuéntame —quiso saber y tomé asiento al lado para ponerme cómoda y poder hablarle a mi amiga de lo que estaba sintiendo con José Alberto.

Sheila me escuchó con atención y podía imaginar que se estaba cubriendo su boca con las manos para no gritar porque era muy emocional, más bien escandalosa, pero me hizo mucho bien haber hablado con ella.

—Es una sensación extraña, ha sido muy poco lo que hemos conversado, pero siento como si mi corazón, mi mente y todo mi ser estuviera atado a él, como si alguna costurera mágica nos unió con un mágico hilo y lo mejor es que él me demuestra que también le está sucediendo eso —le

comenté con mis ojos a punto de llorar.

—¿También te está demostrando que siente lo mismo que tú, Gabriela? No te vayas a confundir como te sucedió con Luciano que pensaste que estaba enamorado de ti cuando en verdad solo buscaba algo eventual y así duraron meses —me comentó Sheila a manera de reproche, pero sabía que lo hacía por ayudarme y que no volviera a sufrir.

—Con Luciano no sucedió así, fue otra cosa. Con José Alberto es diferente, jamás había sentido algo tan fuerte con solo ver a un hombre ¡Es que tienes que sentirlo para que me puedas creer, Sheila! No sé cómo explicar lo que vivo en este momento aunque te confieso que no la he pasado del todo bien —le expresé y mi alegría se vio un poco nublada por los celos.

—¿Y eso por qué? Si me dices que estás enamorada entonces lo demás no tiene ninguna importancia para ti ¡Ánimo, amiga! —gritó Sheila sin saber en realidad a lo que me estaba refiriendo y no tuve otra opción que hacer silencio —¿Es eso o hay algo más, Gabriela? Ese silencio solo me dice que hay algo que te perturba y que tiene que ver con ese hombre, ¿qué sucede, amiga? —preguntó con mucha certeza en sus palabras.

—Sí, ya sabes que se me haría imposible mentirte, amiga. Es que he visto a José Alberto muy cerca de una mujer muy guapa y a veces en estas pocas horas de conocernos, ha actuado muy extraño, como si no quisiera que lo vieran conversando conmigo o junto a mí. Tal vez son ideas mías, es que verdad estoy sintiendo algo muy fuerte hacia él, es amor a primera vista —le confesé a Sheila con lágrimas en mis ojos.

—¡En verdad te enamoraste, Gabriela! Jamás te había escuchado hablar así tan ilusionada, pero ten cuidado, no veo que sea un sentimiento sano el que ya sientas celos, piensa mejor las cosas antes de continuar con algo ¿Tus padres lo conocieron? —respondió Sheila y enseguida quiso saber la opinión de mis padres.

—No y tampoco me importa mucho. Ya sabes que soy muy independiente, aunque te confieso que estoy segura de que iré al altar para casarme con ese hombre ¡Es el amor de mi vida y no dudo de eso! —grité con mucha emoción al mismo tiempo que secaba mis lágrimas tratando de no se fuera a dañar mi maquillaje.

—Solo quiero que seas muy cuidadosa, debes saber bien y conocerlo para que le entregues tu amor. Tienes que estar segura de que ese hombre vale la pena porque no quiero ver a mi amiga llorar por nada —me dijo y sus palabras me disgustaron un poco.

—Creo que ya estás hablando demás Sheila. Ya deja de adelantarte a las cosas siempre ¡Cómo vas a pensar que José Alberto me va a hacer llorar! No escuchaste nada de lo que dije, es el hombre de mi vida ¡No lo puedes entender! —le dije grité bastante enojada y terminé la llamada sin despedirme.

No toleré que Sheila intentara darme malas vibras con mi ilusión de saber que había encontrado al hombre con el que me iba a casar. Era algo que iba a defender por encima de todas

las cosas porque así lo había soñado que cuando me enamorara iba a ser para toda la vida, sobre todo iba a luchar porque entre José Alberto y yo no existiera ninguna mentira y debía confiar en lo que nos estaba ocurriendo y dejar a un lado los celos absurdos que estaba teniendo. Ambos éramos unas figuras públicas, de la sociedad de empresarios más importantes del mundo, con una dinastía que no se había detenido en ningún momento.

Me levanté y respiré profundo para entrar al salón y ahí estaba él, muy sonriente bailando con otra mujer. Pero no le presté mayor atención, me di cuenta de que solo estaba teniendo una cortesía al bailar con algunas de esas mujeres y por eso me fui a hacer un recorrido por las mesas para compartir un rato con algunos conocidos, pero aun así no perdía de vista a José Alberto y me di cuenta de que ya no hubo más mujeres para bailar, solo la joven con la que se sonreía, con la que sí no podía dejar de sentir celos. Eso me descontroló un poco y dejé de coordinar mis palabras haciendo que la conversación se dispersara.

—Disculpa Sergio, pero debo regresar a la mesa para recordare algo a mi padre antes que decida irse de la fiesta. Gracias por tus comentarios muy acertados, como siempre. Nos mantenemos en contacto para hacer un reencuentro en algún momento —le dije con una sonrisa al despedirme de él.

—¡Espera, Gabriela! ¿Por qué tienes que irte de esa manera? Siento que te ha disgustado algo. Me gustaría que podamos conversar en algún otro lugar, ¿me aceptarías un café este fin de semana? —comentó Sergio de manera muy elegante.

—¡Yo tengo tú número, luego te escribo! —le dije mientras me alejé sin responder a sus preguntas.

Ignoré por completo a Sergio y su invitación a beber un café, en ese momento lo único que necesitaba era sentarme en la mesa, beber una copa de vino o tal vez dos y quedarme mirando a José Alberto para darme cuenta de lo que realmente sucedía. El mesero pasó por un lado y levanté mi mano para tomar de la bandeja una de las botellas de vino y después de beber un largo trago, continué viendo como de la manera ya descarada él continuaba bailando con esa mujer que al parecer se había vuelto su bailarina preferida o algo más que ya no podía seguir soportando ni ocultándome que entre ellos dos sucedía algo más que la cortesía que José Alberto podía tener con alguna mujer.

Decidí entonces no seguir torturándome con lo que estaba viendo con un profundo sentimiento de tristeza al ver que mi ilusión y el amor a primera vista que sentí por José Alberto se estaba desvaneciendo delante de mí sin poder hacer nada. Con mi corazón agitado, con mis ganas de sacar el nudo en la garganta que me estaba asfixiando me levanté sin mirar a mis padres, aunque ellos ni cuenta se habían dado que estuve sentada ahí porque no hacían otra cosa que conversar y sonreír, así eran ellos siempre y crecí con las ganas de tener un amor igual, de verdad, para siempre.

—Gabriela, te he estado observando ¡Por favor deja ya de beber de esa manera! Recuerda que este es un evento importante y las cámaras de los reporteros están por todos lados, siempre atentos a nosotros, ¿quieres hablar de algo? Yo puedo escucharte, sé que no quedamos como los mejores amigos, pero en este momento me ofrezco a ser tu compañía si tú me lo permites —me expresó Luciano que inmediatamente me siguió hasta la salida.

Me quedé mirándolo mientras bebía lo que me quedaba en la copa y se me ocurrió al instante que Luciano podía servirme para olvidar a José Alberto, al menos para que al verme se diera cuenta que no me importaba lo que hiciera. Necesitaba olvidarme del amor que sentí y de las ganas de ser follada que estaba dentro de mí desde varias horas, a partir del momento en que vi al tonto ese de José Alberto.

—Gracias por tus buenas intenciones, en verdad no me sucede nada. Tal vez me siento un poco estresada por el trabajo y me dio por beber un poco, pero bien sabes que no soy alcohólica así que no te alarmes, Luciano ¡Mejor vamos a bailar, esa canción me encanta! —le respondí con una sonrisa mientras me apoyaba de su brazo para caminar a la pista.

Luciano se emocionó al escuchar mi propuesta y en ningún momento se negó, más bien se estaba aprovechando del momento para poner su mano sobre mi nalga, creyendo que ya con eso íbamos a revivir los buenos momentos que tuvimos follando.

## Capítulo IV

Volteé a mirar si José Alberto había notado que yo estaba bailando, sobre todo en el momento que Luciano estaba tratando de manosearme, pero ni siquiera se tomó la molestia de mirar ¡Estaba tan concentrado en los pechos de la mujer que no podía que por un momento pensé que los iba a besar delante de todos!

—Ya no quiero bailar, Luciano —le dije mientras me detuve frente a él.

No podía ocultar mi enfado, era imposible continuar haciendo algo que no me estaba funcionando. No había logrado llamar la atención de José Alberto y nada de lo que intentaba hacer con Luciano estaba teniendo sentido.

—¡Ah, ya sé lo que estabas tramando! Voy a ayudarte en lo que quieres, igual ya sabes que me encanta tu compañía y tenerte así de cerquita —contestó Luciano y sin medir mi reacción, me tomó por la cintura y comenzamos a girar en el medio de la pista.

La gente que bailaba se detuvo y nos rodearon. Luciano y yo comenzamos a hacer un baile de salón como si fuéramos dos profesionales de la danza. No cabía duda de que aparte de follar bien, él y yo también hacíamos una perfecta combinación bailando. En una de las vueltas, me di cuenta de que José Alberto también nos observaba, pero no le di a entender que trataba de conseguir que me observara y continué bailando, pero con más emoción. No dejaba de sonreírle a Luciano y me dejé llevar por la pasión que una vez sentí por él y la sensualidad de la música que nos arropaba, solo que mis padres también nos estaban mirando y tuve que moderarme un poco. Luciano enseguida me siguió cuando los vio tan cerca de nosotros y hasta la música estuvo de nuestro porque la canción terminó en el momento perfecto.

Los aplausos no se hicieron esperar, Luciano y yo quedamos como los reyes de la fiesta y era evidente que José Alberto estaba enfadado, al final ¡lo había logrado! Le agradecí a Luciano y me acompañó hasta la mesa donde mi padre no dudó en entregarse un vaso con agua para hidratarme.

—¿También quieres un poco de agua, Luciano? —le preguntó mi padre al ver que estaba agitado como yo.

—¡Hija, no sabía que bailabas así de bien y con Luciano! Es una verdadera lástima que su relación no haya avanzado, se ven muy bien juntos y Luciano es un buen hombre y viene de una de las mejores familias del país —comentó mi madre sin dejar de abrazarlo.

Siempre pensé que ella miraba a Luciano de una manera muy especial y a él no le disgustaba. Parecía que los dos se coqueteaban con sus miradas de una forma atrevida, pero mi padre no se daba cuenta de nada. Tal vez por eso no se me quitaba la idea de la mente que mi madre estaba constantemente siéndole infiel a mi padre.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes, madre —le dije con una sonrisa mientras tomaba asiento e intentaba mirar de reojos a José Alberto y ahí continuaba buscando que lo siguiera con

mi mirada. Es que moría de ganas por que le dijera quién era el hombre con quien bailé.

—¡Gracias, Isabel! Tú siempre tan atenta conmigo, no sabes la alegría que me da de volver a verte —le dijo Luciano a mi madre mientras mi padre se había retirado a buscar unas copas de vino que ya no había en la mesa.

Mientras mi madre propició una conversación con Luciano, José Alberto estaba moviendo sus manos desde el bar para llamar mi atención, pero me hice de rogar hasta que no tuvo otra opción que acercarse a mí.

—Ven, necesito que hablemos por favor, me tiene muy mal desde que te vi bailando con ese hombre —me dijo y me tomó por el brazo tratando que no se dieran cuenta.

Salimos hacia el jardín, cerca del cuarto de herramientas y comenzó a besarme sin dejarme si quiera decirle algo. Sus manos tomaron mi cuello por lo que se me hacía difícil quitar su boca de la mía, pero me gustaba su manera de expresarme su enfado y de decirme que estaba muriendo de los celos. Le correspondí a esa pasión y a esa fuerza que me estaba imponiendo. Metió sus manos debajo de mi vestido tal y como lo había imaginado cuando bailamos y mientras iba apretando con su mano mis muslos yo le iba bajando la cremallera de su pantalón. Pude sentir tocar su enorme polla con mis manos y la apreté con suavidad en la punta y la llevé al punto máximo de excitación mientras nos besábamos.

—Métela, quiero sentirte ya dentro de mí —le susurré al oído y levanté mi pierna al mismo tiempo que mi respiración se agitaba aun más sobre su cuello.

Apenas sentí su pollón en mi concha, grité con sutileza, pero José Alberto cubrió mi boca con su mano para evitar que alguien nos escuchara y fue entonces que sin parar desahogó sus ganas con fuertes y rápidos movimientos.

—¡Déjame acabarte dentro, dime que sí puedo, por favor! —me pidió con su voz cargada de emoción cuando estaba a punto de alcanzar su momento más explosivo.

—Sí, hazme sentir las vibraciones de tu polla dentro de mí cuando ya estés descargando tu leche —le respondí complaciente mientras no dejaba de besarlo con pasión.

Hasta que en solo segundos sentí lo tibio de la leche de José Alberto que corría por mi entrepiernas. Había sido tan explosivo que no recordaba haber experimentado una experiencia igual. Era más que pasión, más que el placer del sexo con un hombre, para mí solo existía entre él y yo una conexión que no podía ser otra cosa que el verdadero amor.

—Voy a limpiarte con mi pañuelo ¡Mira todo lo cargado que estaba! Me has dejado muy complacido, eres muy pasional Gabriela ¡Me encantas! —contestó José albero mientras pasaba su pañuelo por mis piernas.

—¿Te encantó? Pensé que podía escuchar más de eso en el primer encuentro —le pregunté con decepción esperando que me dijera algo con sentimientos como yo lo estaba pensando.

—Es así, no comprendo por qué pones esa expresión de decepción, ¡apenas nos estamos

conociendo! Y créeme que me gustó este comienzo —contestó de manera muy deportiva —No pude contener mis ganas de follarte, para convencerme que te había escogido para que seas mi mujer y no de otro. Vi como ese tipo te tocaba las nalgas y casi me acerco a partirle el rostro de un solo golpe —me dijo demostrando los celos que obviamente le había causado con Luciano.

—Pensé que no lo habías notado, es que bailabas con esas mujeres como si te las quisieras follar en medio de la pista y delante de todos —le contesté con reproche —Luciano es un gran amigo de la familia y tuvimos algo recientemente, pero no avanzamos ¡Somos tan diferentes! En cambio contigo lo quiero todo, José Alberto —le respondí con sinceridad esperando lo mismo de él.

—Para ser un amigo estaba como sobrepasado —respondió mientras terminaba de arreglar su pantalón —Y no te preocupes por ellas, ya sabes cómo son ustedes las mujeres de cachondas y son unas clientes que quiero mantenerlas contentas —contestó mientras salíamos del cuarto de herramientas.

—Cualquiera que te oye hablando de esa manera pensaría que trabajas vendiendo sexo — comenté con una sonrisa, pero con algo de ironía en mis palabras.

—¡No seas tonta, Gabriela! Esas mujeres no representan nada para mí, en cambio tú, si tienes un buen comportamiento creo que podemos llegar a mucho. Hubo algo que sentí cuando te vi por primera vez y esto que acaba de pasar entre nosotros fue diferente —se expresó delante de mí y tal vez me estaba diciendo lo que en realidad quería escuchar, pero me sentí muy complacida por haber tenido un buen sexo que no iba a convertirse en casual.

—Gracias por decir eso, era lo que quería escuchar desde que te vi, incluso cuando bailamos imaginé que estábamos follando. Causas en mí algo sin precedentes, me gustas, me encantas, es como si me hubiese enamorado de ti a primera vista, José Alberto —le respondí a su comentario y él sonrió.

—Bueno, espero que ya tengamos más tiempo de hablar. Por ahora tenemos que hacer como si nada pasó, recuerda que toda la prensa tiene las cámaras puestas en cada uno de los que estamos aquí y sería de mal gusto que hagan un mal reportaje de cualquiera por una imprudencia. Espero que podamos hablar nuevamente. Ten mi tarjeta, Gabriela —me dijo al mismo tiempo que me entregó su tarjeta y sin decir más se marchó a su mesa con una gran sonrisa.

Yo arreglé un poco mi cabello y me acerqué a la mesa. Ahí estaba mi padre, solo y bastante borracho mientras mi madre hablaba en un rincón muy cercana a Luciano ¡Pero qué descaro el de ellos dos! Hasta quizás eran amantes y Luciano solo buscaba que no me diera cuenta, aunque tal vez intentaba ver si caía nuevamente en su cama. Me acerqué a ellos y le pedí a mi madre que por favor se hiciera cargo de mi padre, pero sin hacer algún escándalo.

—¿Viste las condiciones en las que está mi padre? ¡Está borracho! No debiste permitir que bebiera tanto y solo por seguir haciendo de las tuyas —le dije a mi madre reprochando lo que

hacía.

—No quieras dártela de santa conmigo cuando te vi que entrabas a ese cuarto con aquel hombre —contestó mi madre mientras iba al encuentro de mi padre.

La vergüenza me invadió porque así como ella nos vio entrar, algún reportero también lo pudo haber hecho y comencé a temblar muy nerviosa. Me senté en la mesa y bebí un vaso con agua. Decidí comportarme como toda una dama de sociedad para no dar de qué hablar. Era el momento de actuar de buena manera aunque luego que volvió a sonar la música, José Alberto ya estaba en la pista con la primera mujer con quien lo vi bailar.

El me miró de reojos y sonrió, quizás con eso buscaba que me calmara y dejara a un lado los celos, pero era inevitable y apenas terminaron, me acerqué a ellos dos.

—Hola, cómo están pasando la noche —les dije mientras me quedaba mirando a José Alberto que parecía estar completamente nervioso.

—¡Gabriela, otra vez coincidimos! Bien, en verdad que Clara es una gran bailarina —respondió mientras la abrazaba con mucho afecto.

—Pero no como tú, en verdad te vi bailando hace un rato y sentí envidia de verte —respondió ella con amabilidad y mucha clase.

—¿Celos por quién estaba bailando? —le pregunté a ver si me daba la respuesta que esperaba.

—¡No, para nada! —gritó entre risas, pero José Alberto interrumpió la conversación.

—Gabriela, creo que esa señora te está buscando —comentó él refiriéndose a mi madre que se estaba acercando.

No quise que ella hiciera algún comentario fuera de lo normal y preferí alejarme sin conocer realmente quién era esa mujer en la vida de mi hombre.

—Ah, sí, ella es mi madre. Bueno, mejor me marchó a mi mesa, estaré viendo desde allá lo bien que están disfrutando en esta celebración —les dije a los dos y me quedé mirando fijamente a José Alberto mientras mi madre me tomaba de la mano para retirarnos.

—Tuve que sacarte de ahí, es que no te das cuenta de que ellos tienen algo, es evidente que están en una relación ¡No sabes en qué lío te estás metiendo, Gabriela! —me dijo mi madre al oído haciéndome sentir mal y pensando lo peor de José Alberto.

—Ya no soy una niña, madre ¡Dejé de serlo desde hace mucho! Yo sé lo que hago y quiero todo con ese hombre, siento que me he enamorado de él —le respondí con mucha seguridad en mis palabras, pero con mi corazón entristecido con que esa posibilidad de sus palabras se convirtiese en realidad —José Alberto no me miente, él me ha dicho que esa y las otras mujeres son unas clientas y yo le creo —comenté para que se diera cuenta que yo confiaba en él.

—Y si estás tan segura de lo que ambos sienten por qué fuiste hasta allá, ¿para mirar de cerca lo que tu mente sabe? ¡Hija, no quiero que de tanto esperar por un buen hombre, te vayas a top

con lo peor! —comentó mi madre.

Podía comprender lo que ella trataba de decirme, pero mi corazón no me podía estar fallando esta vez. Me había enamorado a primera vista y ese sentimiento aumentó después de haber tenido esa maravillosa follada con José Alberto.

—No te preocupes por mí, solo te pido que no hagas sufrir a mi padre con tus locuras ¡Él se merece ser feliz por todo lo que nos ha dado! Voy a estar bien —le respondí sonriendo.

Aunque había tratado de hacerle creer a mi madre que todo iba bien, sus palabras me dejaron preocupada y no dejé de prestar atención a lo que ella me había dicho y decidí darle más atención al trato que José Alberto le estaba dando a esa mujer. Presté atención a cada gesto con mucho cuidado y me escudé con Luciano para poder estar cerca de ellos de alguna manera.

—¿Aún no me crees cuando te dije que José Alberto es un mal hombre, verdad? —insistió Luciano en preguntarme al verme tan interesada en observar los movimientos de José Alberto.

Es que después que follamos en ese cuarto de herramientas, ni siquiera se había acercado a mí, no se alejaba ni un segundo de esa mujer, incluso había dejado de bailar con las demás y eso me tenía nuevamente enfadada porque trataba de acercarme a él y no lograba nada.

—No te pongas igual que mi madre, Luciano. Ya eso queda de parte mía, en este momento solo te necesito para darle celos, ya lo demás es cosa mía —le respondí poniendo una brecha entre los dos para no darle tanta confianza.

Esa mujer, Clara, se estaba dando cuenta que yo no dejaba de observar a José Alberto, fue difícil evitarlo porque me estaba muriendo de los celos por saber qué ocurría entre ellos. Ya no me podía quedar tranquila con que solo se trataba de un cliente al que él buscaba complacer, salvo que buscara hacerlo en la cama también.

Cuando la música volvió a sonar, vi que José Alberto estaba solo y me acerqué rápidamente, pero Clara se dio cuenta de mi intención y de inmediato lo haló por el brazo para bailar con él y me quedé como una misma tonta parada. Luciano se acercó y para no hacerme pasar vergüenza, me tomó del brazo y comenzamos a bailar muy junto a ellos. Traté de escuchar algo que comprometiera a José Alberto con ella, pero nada, no lograba tener pruebas salvo las que había visto con mis propios ojos.

—Ya no quiero bailar más, Luciano. Esta vez si me siento cansada, voy a retocarme al baño y regreso a la mesa con mis padres y por cierto, ya deja tranquila a mi madre —le dije a Luciano mientras me iba caminando al baño.

Tomé una servilleta de papel para quitarme un poco el sudor de la frente y cerré los ojos frente al espejo cuando la voz de Clara me interrumpió en mi silencio.

—¿Gabriela, verdad? —preguntó y se quedó mirándome con desprecio.

Me lavé las manos y me quedé mirándola a través del espejo, era como si la vida me pusiera frente a la verdad que tanto deseaba conocer.

—Sí, Gabriela —le respondí mirándola a través del espejo —¿En qué te puedo ayudar? —le pregunté intentando de tener un poco de amabilidad con ella.

—No, en nada, aunque pudiera decirme de dónde conoces a José Alberto si no es mucha molestia —quiso saber sin ningún tipo de rodeos mientras se acercó a lavar sus manos.

—En verdad lo conocí hoy, ambos somos empresarios y pertenecemos a la misma clase social. Es normal que las personas como nosotros tengamos muchas cosas en común, por eso nos llevamos tan bien desde que nos vimos —le respondí con una sonrisa —Comprendo tu interés por saber, he notado que son muchas las mujeres que están atentas a sus movimientos —comenté de manera irónica.

—Sí, es cierto, aunque esta clase social suele no gustarme en ocasiones. Y tienes razón, también he visto como hay mujeres que no hacen otra cosa que estar pendiente de lo que José Alberto hace, supongo que son unas solteras que vienen a estos eventos a ver a quien se ligan sin saber si el hombre está ocupado o no, ¿no crees, Gabriela? —me dijo y su pregunta me hizo ver que me estaba tratando de decir algo.

—¿Quieres decirme algo directamente, Clara? Habla, me gustaría escuchar lo que me tienes que decir, ¿o es que me vas a decir que no me seguiste hasta aquí? —le pregunté yo en esa oportunidad para que se quitara la máscara de una vez porque ya no me quedaba dudas que al menos ella estaba pendiente de ligarse a José Alberto y por eso su reacción al notar que él y yo estábamos en algo.

Justo en el momento que iba a decirme algo, mi móvil comenzó a repicar, me di cuenta de que era mi madre y me extrañó mucho por lo que no dudé en contestar para decirle que estaba en el baño y ya estaba saliendo mientras dejé a Clara con su duda y yo me quedé con la pregunta sin respuesta.

Cuando llegué a la mesa, había todo una algarabía porque mi padre se había desmayado, pero no era para menos si se había bebido casi todo el vino de la celebración. Me sentí muy avergonzada, sobre todo al ver que los reporteros no dejaban de capturar el incomodo momento con sus cámaras y algunos reían de manera discreta al burlarse de mi padre.

## Capítulo V

Luciano ayudó al chofer a subirlo en el coche y yo estaba muy enfadada porque no había logrado saber quién era Clara en la vida de José Alberto y tampoco me había podido despedir de él. Solo me quedé tranquila porque tenía en mis manos la tarjeta con todos sus datos para poder encontrarlo. Mi madre estaba discutiendo con mi padre aunque él no podía comprender lo que ocurría a su alrededor y yo tenía mi mente perdida en el recuerdo de los besos, la caricias y la apasionada manera de follar de José Alberto.

—¡Ya madre, deja de gritarle que ni siquiera te está escuchando! Se quedó dormido, además no lo culpes que tú como esposa tenías la responsabilidad de cuidarlo un poco. Ahora quien sabe lo que va a aparecer mañana en la prensa de farándula —le dije con una mueca de desagrado.

—Tienes razón Gabriela, discúlpame ¿Te importa si Alejandro nos deja primero y luego te lleva hasta tu casa? Lo digo porque tu padre está un poco mal —propuso mi madre y yo no me negué, al final era su chofer el que me iba a llevar a mí.

Dejamos a mi padre y Alejandro me llevó hasta mi casa. Apenas entre en mi habitación, me di cuenta de que tenía dentro de mi bolsa el pañuelo de José Alberto, con el que me había limpiado su propio semen después de la follada de mi vida. Suspiré y busqué la tarjeta para mirar su número móvil y no dudé en marcarle para decirle que ya estaba en mi casa y luego de varios intentos, logré que me contestara.

—Hola José Alberto, es Gabriela. Este es mi número y ya estoy en mi casa —le dije apenas contestó.

—Gracias por avisar, preciosa. Me quedé al pendiente cuando vi que se llevaban a Don Efraín en esas condiciones ¿Y dime, ya estás acostada, qué ropa traes en ese cuerpo de sirena? —me preguntó con su voz cargada de morbo y me estaba emocionando la idea de saber que me estaba extrañando y deseando estar conmigo.

—Estoy desnuda y pensando en ti, ¿por qué no te vienes y así me das una probadita de lo que hicimos en el cuarto de herramientas, pero en mi cama? —le propuse con la voz de sensualidad activa dándole a entender que moría de ganas por follar con él otra vez.

—Nada me haría más feliz que salir ahora mismo de aquí y follarte hasta que me pidas que pare, pero debo esperar que termine esto. Además, mañana a primera hora tengo que reunirme con el presidente y lo menos que deseo es lucir mal delante de él, ya sabes cómo son estas cosas de la diplomacia, Gabriela —me dijo como excusa válida para no venir conmigo.

—Comprendo eso, José Alberto, pero ¿Cuándo nos volvemos a ver? Ahora que ya tienes el número de mi móvil creo que me puedes sorprender, prometo que no te vas a arrepentir —le contesté sin dejar a un lado mi propuesta.

José Alberto hizo silencio y al fondo pude escuchar cuando una mujer le decía “mi vida” y no era otra que la voz de Clara. No podía salir de mi asombro, sobre todo cuando miré la pantalla de mi móvil y la llamada había sido finalizada por él ¿Qué estaba sucediendo? Me pregunté una y otra vez y aunque tenía la respuesta en mi mente, me negaba en todo momento a la idea que él me estuviera engañando sin siquiera comenzar de manera formal una relación.

Me senté en la cama sin saber qué hacer, no estaba segura si debía marcarle a su móvil, pero después de pensar y ordenar las cosas en mi cabeza, preferí que fuera él mismo quien tomara la iniciativa de buscarme y darme una explicación de lo que había sucedido. Podía marcarle al número de Luciano y pedirle que me describiera la escena que me estaba imaginando de José Alberto y Clara, pero no quería darle la razón a pesar de que moría por saber si era verdad.

Esa noche no pude dormir, con el móvil en la mano esperando que él me regresara una llamada que nunca llegó y eso me dejó muy desilusionada, pero no perdía la esperanza que todo haya sido una confusión porque no dejaba de pensar que José Alberto era el hombre mi vida y para toda la vida que tanto esperé. Aunque ya pasada la madrugada el sueño me venció y desperté ese lunes con el ánimo y la autoestima muy baja. No tenía ganas ni de ir a la oficina, solo que había algunos pendientes que no podían esperar y me vestí de emoción y desayuné coraje para enfrentarme a una realidad y no era otra que una vez más había caído en el sexo ocasional y esa corazonada sobre el amor de mi vida fue solo una equivocación que me tenía más confundida,

—¡Buen día para todos! —le dije a los primeros que vi cuando entré a la empresa y ellos con una sonrisa me alegraron un poco —Ana, por favor llévame un café bien cargado a mi oficina —le pedí al momento que pasó a su lado y entré a la oficina sin mirar a los lados.

—Aquí tienes el café, Gabriela ¿Te sucede algo? ¡Es que es la primera vez que llegas y no me saludas como siempre lo haces —me preguntó y sentí un poco de vergüenza porque no solía llegar de esa manera.

—¿En verdad? ¡Te pido mil disculpas, Ana! No dormí bien anoche, pero eso no tiene por qué afectar mi entorno —le respondí con una sonrisa fingida —Gracias por el café, Ana. Ya me pongo al día con todo lo que está pendiente, es que quiero ir a mi casa a descansar un poco, pero es solo cuando terminé aquí —le dije intentando ocultar mi enfado y mi tristeza.

Ana salió, pero a los minutos llamó a mi puerta para entregarme una caja que había llegado en mi nombre y me la dejó sobre la mesa. Pensé que se trataba de la muestra de algún proveedor, pero al abrirla, supe que no podía ser alguien más que el mismo José Alberto que me había enviado un brazalete en oro blanco. No supe cómo reaccionar al ser el primer obsequio que recibía de un hombre, ya no me quedaban dudas que me había equivocado al pensar mal de él. Busqué alguna nota, pero no había nada y tomé el móvil para marcarle cuando me sorprendió su insistente llamada.

—¡Hola, qué sorpresa más agradable escucharte a primera hora! —le dije a José Alberto sin

ocultar mi emoción.

—La sorpresa es mía, Gabriela y la emoción es doble porque sé que en este momento te debe haber llegado un obsequio de mi parte. Espero que luzca hermosa en tu brazo. Anoche hubo mucha gente que perdió el control en la fiesta, en definitiva la bebida no es buena compañía para nadie —comentó y algo se me vino a la mente, pero quería que fuera él mismo que lo dijera.

—¡Está precisa, muchas gracias por este gran detalle que me tiene impactada! —le contesté muy risueña —¿A qué te refieres con eso que mucha gente perdió el control? Te preguntó por la manera en la que estás haciendo el comentario que es bastante propicio porque apenas estábamos conversando cuando escuché que alguien te dijo mi vida —comenté aprovechando la ocasión.

—No, eso no fue conmigo Gabriela. Recuerda que estaba rodeado de mucha gente, mujeres sobretodo, pero no recuerdo haber oído a alguien decir eso cerca de mí, tal vez esté equivocado, pero cuando hablo contigo todo lo demás queda sin importancia. Anoche mientras hablábamos, el móvil se apagó porque ya la batería estaba agotada, pero no demoré ni treinta minutos en irme a mi casa y pensé mucho en ti. No puedo olvidar el sabor de tus labios y lo mojada y caliente de tu vagina mientras te estaba penetrando. Nada más con recordarlo y vuelve a mí una erección, Gabriela —me dijo y no pude evitar imaginarlo desnudo en mi oficina y solo para mí.

—Estaba segura de que no me podía fallar de esa manera y créeme que a mí tampoco me ha sido fácil sacarte de mi mente y del deseo de volver a estar contigo —le contesté mientras cerraba la puerta de la oficina para que nadie interrumpiera —¿Por qué no cenamos en un restaurante de comida deliciosa? Tal vez después de eso podamos beber algunas copas y terminas quedándote en mi cama toda la noche, te prometo ser muy complaciente para que no sientas ganas de irte —le propuse esperando que no se negara a mi insinuación.

—¡Me encanta esa idea! Ya quiero estar ahí en tu habitación para hacerte todo lo que se me está viniendo a la mente en este momento, pero no puedo seguir hablando. Voy a entrar a una reunión, así que envíame tú dirección y esta noche nos vemos ahí a eso de las siete —contestó y al oír que había aceptado, mi mundo se iluminó por completo —Te envió un beso grande que te alcance hasta que nos veamos —me dijo y enseguida finalizamos la llamada porque yo no tuve palabras para despedirme aunque la sonrisa en mi rostro hablaba por mí.

No podía dejar de mirar mi brazo y ver el brazalete con incrustaciones de diamantes que me había regalado José Alberto y cerré mis ojos y posé mi cabeza sobre el sillón de mi oficina donde estaba sentada mientras hablaba por él ¡Todo estaba saliendo como lo había soñado! Persistía en mí la idea que ese hombre era el que estaba destinado para mí, todo estaba saliendo tan diferente que estaba segura de que también pensaba y sentía igual que yo.

Ya era imposible concentrarme en el trabajo cuando lo único que quería hacer era ir a una tienda de lencería íntima y comprarme lo más sensual que existiera para sorprender a mi enamorado en la noche. Así que no demoré en la oficina y dejé varios encargos a Ana para que

ella se encargara de muchos detalles que faltaban por terminar y pasé por la tienda para comprar lo que ya tenía en mente. Cuando llegué a la casa, me sentí bastante nerviosa como si fuera la primera vez que mi cama iba a recibir a un hombre aunque ninguno de ellos se había quedado toda una noche como lo iba a hacer José Alberto y eso me tenía muy emocionada. Al final de la tarde, vestí la cama con una fina sábana de seda y me senté a esperarlo mientras bebía una copa de vino, pero en eso, entró la llamada de Claudia.

—¡Amiga, he estado marcando a tú móvil y nada que lograba comunicación! La señal ha estado pésima, pero al fin logro escucharte ¿Cómo terminó de irte en la fiesta de sociedad, lograste atrapar al hombre de tu vida? —me preguntó con mucha curiosidad.

—Al final de todo terminó de irme muy bien, es más, ahora mismo lo estoy esperando porque tenemos una cita aquí en mi casa —le respondí con una sonrisa que aunque no me podía ver, era evidente que la estaba transmitiendo a través de mi voz.

—¿Una cita en tu casa o en tu cama? —preguntó en medio de una carcajada que me dispersó un poco cuando comenzaron a llamar en la puerta.

—¡Boba! Tengo que dejarte, ya llegó mi cita y no quiero interrupciones así que si estás con Sheila dile también que luego hablamos —le dije y sin esperar que me contestara, finalicé la llamada para mirarme en el espejo y hacerme un retoque a mi cabello para verme aun más sensual con un toque de puta que no me iba mal.

Me acerqué nerviosa a la puerta y cuando miré a través de la obertura y cuando noté de quien se trataba, abrí rápidamente.

—¡Gabriela, no pensé encontrarte tan preciosa en tu casa a esta hora! Quise traerte cena para dos, a ver si podíamos revivir los buenos tiempos —me dijo Luciano levantando una botella de vino que traía en sus manos y en la otra una bolsa con comida.

—¡No entiendo qué significa todo esto, Luciano! —le respondí con asombro y preocupación que se fuera a encontrar con José Alberto y él pensara nuevamente mal.

—¿Gabriela, estabas esperando a alguien más? —preguntó José Alberto con la expresión de enfado en su rostro al verme en la puerta con Luciano y todo lo que él traía en sus manos como para pasar una romántica velada.

—Lo siento, no sabía que estabas a este señor. Cuídate de él porque no es la persona que crees —me dijo Luciano haciendo referencia a José Alberto —Y a ti te digo que no quiero que le hagas daño a Gabriela así como se lo hiciste a mí hermana —le dijo a José Alberto mientras se marchaba.

Me quedé parada frente a José Alberto y más que sentir vergüenza por lo que acaba de ocurrir, me sentí preocupada por las palabras de Luciano que ni siquiera se atrevió a desmentir. Lo saludé con un beso y aun abrazo, pero la chispa de locura que estaba encendida en mi mente antes que llegara se había apagado después de lo que había escuchado de Luciano.

—Sigue por favor, estás en tu casa. Voy a servir un poco de vino para los dos, así nos relajamos un poco después de esto —le dije mientras iba a la cocina a buscar las copas.

Me quedé pensativa por unos minutos, era evidente que lo que había sucedido con Luciano y José Alberto me dejó boquiabierta porque el hecho que él no se haya defendido de tal acusación me hizo dudar y la desconfianza le estaba ganando a mis ganas y se me bajó la libido por completo, pero debía seguir con lo planeado si al final había logrado lo que soñé, tenerlo en mi casa y despertar al lado de un hombre que me va a hacer vivir sentimientos y pasiones diferentes a las que ya había experimentado aunque me iba a quedar más tranquila si él retomaba y explicaba lo que quiso decir Luciano.

—¡Gabriela, me preocupa tu ausencia! —gritó José Alberto desde el sofá —¡Ven por favor, es que ya quiero tenerte cerca de mí sin perder tiempo, el vino puede esperar! —insistió y busqué rápidamente las copas y me acerqué a la sala.

—Pareciera que tienes prisa, José Alberto, dame un beso —le dije apenas coloqué las copas sobre la mesa.

Me lancé entre sus brazos intentando olvidar un poco lo que ocurrió y comencé a besarlo con una mezcla entre rabia y pasión por no saber si lo que Luciano decía era cierto.

—Me estás mordiendo los labios, pero eso me encanta, me excita demasiado eres ¡Ya quiero follarte hasta hacerte gritar! —me dijo con su respiración agitada.

Me levanté del sofá y frente a él, bajé la cremallera de mi vestido quedando a la vista semidesnuda, con unas braguitas que poco dejaban a la imaginación. Me senté sobre él y comencé a besar su cuello al mismo tiempo que le ayudaba a quitar su camisa que lanzó después a la alfombra. Mientras José Alberto se bajaba el pantalón, yo iba acariciando mi clítoris para que al momento de penetrarme encontrara mi vagina bien mojada como me dijo que le gustaba y sin pensarlo, comenzó a pasar la lengua por mis pechos como si disfrutara de una golosina que me daba mucho placer.

—Eso me encanta, puedes hacerme alcanzar el clímax con tan solo chupar mis pezones y si te vas más abajo... ahí, me harás gemir de locura —le dije mientras le hacía bajar su cabeza que apreté con mis muslos para disfrutar de su lengua en lo más profundo de mi vagina.

—Eres perfecta, me encanta como te pones así de mojada y lo mejor que solo eres para mí, ya quiero follarte —contestó mientras se levantaba y sobre mí, subió mis piernas para meterme su enorme polla.

Comencé a gemir, era una reacción placentera inmediata a cada movimiento de José Alberto al penetrarme tan fuerte, tan lento y a la vez tan rápido. Su mirada no se quitaba de la mía y en momentos cortos buscaba besarme pero solo podía gemir, me ganaba el placer de sentirlo y disfrutarlo al máximo. Pero algo sucedió, cuando estaba a punto de alcanzar un orgasmo, José Alberto sacó su polla y de pronto todo terminó.

—¿Pero qué sucedió, estás bien? —le pregunté al ver que se estaba bajando y se sentó en el sofá.

—No lo sé, en verdad disculpa, pero no sé qué me sucede. Eres una buena mujer y yo... —comentó mientras yo me daba cuenta de que su erección ya no estaba presente.

Podía pensar muchas cosas en ese momento. Tal vez José Alberto si era culpable de todo lo que lo estaba acusando Luciano y por eso se sintió mal por no querer hacerme daño a mí también, entonces si se había enamorado a primera vista como yo y lejos de enfadarme, me hizo sentir mucha ternura.

—No tienes que pedir disculpas, eres maravilloso y me encantas —le dije al mismo tiempo que lo abrazaba —Solo quiero que te relajes y me dejes probar con mi boca... —le dije, pero no me dejó terminar de hablar.

José Alberto nuevamente comenzó a besarme con mucha pasión y quise ayudarlo por lo que me arrodillé ante él y comencé a chupar su polla hasta que estaba lista, bien dura para iniciar lo que se había detenido y fue entonces cuando pude sentir su semen corriendo por mi entre piernas otra vez. Nos quedamos abrazados, había sido una jornada perfecta incluyendo ese pequeño receso que tuvimos. No me quedaba claro si Luciano tenía razón en su acusación, solo podía decir que no había nada en el mundo que me hiciera dudar de él y del amor que sabía que estaba sintiendo por mí.

## Capítulo VI

Me coloqué a un lado de José Alberto y me quedé mirando lo relajado que había quedado hasta el punto de quedarse dormido. No sé cuántos minutos habían pasado y quise aprovechar la cercanía para poner mi cabeza sobre su pecho, pero justo en el instante que me estaba durmiendo, él se despertó abrumado.

—¿Qué hora es, cuánto tiempo me he quedado dormido? —preguntó con la expresión de preocupación en su rostro.

—Solo minutos, pero tranquilo que estás aquí —le respondí con una sonrisa mientras me sentaba en el sofá y le sonreía.

—No, no puedo quedarme, ya es tarde y debo irme —contestó al mismo tiempo que se iba vistiendo apresurado después de mirar la hora en la pantalla de su móvil.

—¿Te marchas? —le pregunté con mi voz quebrada y con la tristeza marcada en mi rostro — Pensé que te ibas a quedar en mi casa, eso era lo que habíamos acordado en la llamada y ni siquiera probaste algo de lo que preparé para la cena, ni subiste a mi habitación, ¿qué sucede, José Alberto? —le pregunté tomándole de sus manos y mirándolo fijamente con mis ojos a punto de soltar las lágrimas contenidas.

—¡No te pongas así, Gabriela! No sabes lo molesto que es una mujer llorando. Vine que es lo importante, no puedo quedarme fuera de la casa, tengo otros compromisos ahí —me dijo y me quedé asombrada con su respuesta —No lo tomes a mal, es que es difícil porque siempre hablo con mi hermano que está fuera del país, es algo que siempre hago y no veo por qué tenga que dejar de hacerlo, además yo nunca te dije que me iba a quedar —respondió de una manera muy agresiva y no pude evitar llorar —Deja de estar triste, te prometo que alguna de estas noches me quedo —comentó y eso me había hecho sonreír.

—Está bien, pero dime que mañana me vas a llevar al cine, ¿compláceme, sí? —le pregunté mientras le ayudaba a poner su camisa y le coqueteaba con mis ojos.

—No, no puedo, debemos cuidarnos de los reporteros, pero te prometo que vengo todas las noches para pegarte una buena follada, así duermes profundamente complacida —contestó y no era la respuesta que quería oír, pero por el momento me conformaba con eso porque quizás lograba cambiar su actitud en cualquier momento y en cuestión de días ya lo iba a tener durmiendo todas las noches en mi cama para despertar a su lado.

—Está bien, las cosas se harán como tú digas, pero ya serás tú quien me pida que quieres quedarte conmigo en mi cama y despertar juntos cada mañana. Te miro y cierro mis ojos y proyecto que en cualquier momento eso suceda, me harías la mujer más feliz del mundo —le confesé, pero por lo que me di cuenta, a él no le agradó mucho la idea.

—Creo que te estás apresurando un poco, apenas nos estamos conociendo, calma solo eso te

pido ¡Ya debo irme, estuviste asombrosa! —me dijo y después de un beso, me dejó viéndolo cómo se marchaba de mi casa dejándome con todo preparado para pasar una velada inolvidable que se había convertido en sexo ocasional.

Estaba tan confundida, no sabía cómo tomar lo que acababa de ocurrir. Nuevamente José Alberto me estaba decepcionando por completo, su actitud al despertar de una pequeña siesta de cinco minutos me dejó un poco triste porque me había preparado emocionalmente para tenerlo de una manera diferente.

Caminé hasta la cocina y miré toda la comida y la mesa decorada de una manera tan romántica que no había manera que las noche no fuera perfecta, soñada. No podía dejar de sentirme vacía internamente, es que había tenido sexo con el hombre que para mí era el amor de mi vida, con el que me imaginaba casada y con una hermosa familia, el que iba a romper el esquema de sexo casual que estaba viviendo desde hace bastante tiempo. Pero eso ya no lo estaba viendo en realidad y para relajarme un poco, me senté con una copa de vino sobre el sofá y por mi mente pasaban muchas cosas, hasta llegué a pensar que la noche había estado mejor si en vez de estar esperando lo mejor con José Alberto, pero con el solo hecho de creer que se había follado a mi madre ya me daba asco y lo único que quería era mantenerme alejada de él y con la tristeza en mi mirada me levanté para poner un poco de música. Justo en ese momento, la llamada de Sheila me detuvo y pensé un poco en contestar.

—Hola Sheila, ya llevábamos días sin hablar, ¿cómo estás? —le saludé sin ánimo de conversar con mi amiga.

—¡Amiga, hablé hace un rato con Claudia! Sé que me dijo que no podías hablar, pero quería desearte que tengas una feliz noche con ese amor de tu vida que luego nos tienes que presentar ¡Disfruta mucho Gabriela! En verdad me gusta la idea que ya quieras tener una relación amorosa con estabilidad y quién sabe si ya pronto te nos vayas a casar —me dijo y mis ojos se llenaron de lágrimas y ya podía sentir que voz se iba a quebrar al responderle.

—Gracias, amiga, ahorita no puedo hablar —le respondí y enseguida finalicé la llamada porque ya se iba a notar mi tristeza y me iba a poner a llorar.

Tomé algunas copas y decidí apagar mi móvil para no caer en la tentación de marcarle a Luciano y terminar follando con él para no olvidar que José Alberto me estaba mirando como a una puta y nada más mientras yo me hacía ilusiones de que me tomara en serio y en algún momento me pidiera matrimonio ¡Pero qué tonta! Si ni siquiera pretendía llevarme al cine en una salida por miedo a que no vieran los reporteros.

Mientras reflexionaba, me fui a la cama que había preparado con pétalos de rosas azules para sorprender a José Alberto. Me sumergí entre las sábanas de seda y el aroma tan agradable de las flores y dejé que mis dedos jugaran con mis pezones para luego sentir la reacción en mi vagina que comenzó a humedecerse y cerré mis ojos para disfrutar al recordar la enorme polla de

José Alberto dentro de mi vagina. Suspiré profundamente y metí mis dedos uno a uno mientras simulaba los movimientos fuertes de él cuando me penetraba. Mis caderas se elevaban con cada contracción que me llevaron a un orgasmo demasiado largo que por segundos no supe nada de mí, es que mi mente se puso en blanco aunque luego de eso me quedé profundamente dormida.

Al despertar, me di cuenta de que nada había funcionado, estaba sola como siempre y que había terminado de hacerme el favor al que estaba acostumbrada todas las noches. No por ser ninfómana, es que para mí la manera de quitarme la tristeza y de no sentirme era a través de un buen orgasmo. Aunque estaba convencida que eso no iba a cambiar mi realidad que no era otra que el fracaso de mis planes. Intenté levantarme de la cama, pero estaba muy perezosa hasta que el timbre comenzó a sonar y tuve que ir a mirar de quien se trataba.

—¿Gabriela Parissi? —preguntó un joven con el uniforme de un delivery de comida.

—Sí, soy yo ¿En qué puedo ayudarte? —le respondí preguntando ante mi confusión.

—Traigo una entrega para usted, la solicitó el señor José Alberto Barbieri para usted. Si es tan amable, por favor coloque su firma aquí —respondió el joven al mismo tiempo que me entregaba la factura que firme.

—Gracias, aquí tienes algo de dinero —le dije mientras le daba un billete que tenía en la cajita cerca de la puerta para esos casos.

El paquete tenía una tarjeta con una nota y la tomé para leerla al mismo tiempo que ponía todo sobre la mesa y para mí sorpresa, se trataba de José Alberto.

*“Espero que hayas dormido muy bien, no dejé de pensar en ti toda la noche. Me tienes hechizado, ya quiero que llegue la noche para follarte e irme relajado a mi casa. Deseo llenarte los pechos de mi semen y estaré imaginándote desnuda durante mi jornada para llegar a tu casa con una buena erección para no perder tiempo. Nos vemos pronto y espero que te guste el desayuno que ordené para ti”. José Alberto.*

No estaba convencida de lo que acababa de leer, me sentía como si José Alberto me hubiera pagado una gran fortuna por ser su puta de turno. No me decía en ningún lado que me extrañaba y que soñaba con besarme y darme un abrazo, lo único que dejaba por sentado es que quería y anhelaba follarme antes de irse a su casa. Dejé pasar unos minutos mientras me dejaba ganar por la tristeza y después de llorar me decidí a abrir el paquete y no podía negar que todo estaba delicioso por lo que ya me había cambiado un poco el ánimo para comenzar el viernes. No quise marcarle a José Alberto para hacerme un poco del rogar y después de arreglarme, me fui a mi empresa y al entrar a mi oficina estaba sentada Claudia y Sheila esperándome.

—¡Sorpresa! —gritaron apenas me vieron entrar y cerrar la puerta.

—¿Cómo está mi amiga enamorada? —preguntó Claudia.

—¡Enamorada y muy pronto estará lista para casarse! ¿Cómo te fue anoche, amiga? —gritó en insistió en saber Sheila.

Yo no respondí al momento, coloqué mi bolso sobre una mesa y me senté en el escritorio. Me quedé mirándolas y en segundos, comencé a llorar sin cesar al mismo tiempo que les pedía que no me preguntaran nada.

—Solo déjenme llorar, por favor, quiero sacar toda esta tristeza que tengo dentro de mí. yo les voy a contar todo, nada más les pido que me dejen llorar —les dije a las dos quienes enseguida se levantaron para unirse en un mismo abrazo demostrándome que les importaba mucho a ellas.

Sheila me sirvió un vaso con agua y Claudia acariciaba mi cabello. Ambas intentaron de mil maneras que dejara de llorar, pero lo hice cuando sentí que ya podía hablarles con sinceridad. Aproveché de decirles todo lo que había vivido con José Alberto, desde la primera vez que follamos en el cuarto de herramientas de la casa presidencial hasta lo de había ocurrido anoche.

—¿No crees que José Alberto tal vez sea un hombre casado? —preguntó Sheila de una manera intrigante.

—¿Cómo vas a decir eso, Sheila? Es lo menos que se puede ocurrir a mí, además, pienso que un hombre casado no se iba a arriesgar a ser descubierto mientras follábamos en la casa presidencial.

—Tal vez Sheila tenga razón ante su duda. Es que es extraño que un hombre se haya ido de esa manera. Piénsalo y tal vez sea por eso por lo que esté tan esquivo contigo —comentó Claudia que tampoco me ayudaba mucho con su comentario.

—Ya no sé qué creer, por ahora solo me interesa estar a su lado. Quizás lo que necesite es un poco de confianza y se la voy a dar, quiero tener un buen comportamiento con él, para que vea que puedo llegar a convertirme en la mujer de su vida, en su esposa —les respondí con sinceridad.

—No queremos que pienses que estamos en contra de esto que sientes, por el contrario Gabriela, queremos verte feliz y si en verdad estás tan enamorada lo menos que necesitas es tus amigas te hagan reproches —contestó Sheila mientras Claudia me miraba con picardía.

—Gracias por tus palabras, Sheila, sé que siempre puedo contar con ustedes, son como las hermanas que nunca tuve —le respondí al mismo tiempo que le daba un abrazo a ella y Claudia —Siento que me quieres decir algo más, en qué tanto estás pensando, amiga —quise saber al verla envuelta en un silencio inusual.

—Si no vas a poner salir en las noches con José Alberto, entonces nosotras podemos ir a alguna taberna y beber unas copas. Tal vez de esa manera se te sea más fácil sobrellevar una relación así. No quiero cuestionarte, pero creo que mereces algo mejor ya que tomaste la decisión de alejarte del sexo casual. Igual tienes mi apoyo en todo lo que decidas hacer —comentó Claudia al mismo tiempo que me daba un apretón de mano haciéndome sentir su apoyo.

—¡Connmigo también puedes contar y lo sabes, amiga! —gritó Sheila que se acercó a nosotras —Claudia tiene razón, no puedes quedarte en tu casa todas las noches solo para él o tal vez cuando se vaya nos puedas llamar y nos vamos a disfrutar ¡Hoy es viernes! ¿Te animas? —

comentó Sheila y la idea no me desagradaba del todo.

—Lo voy a pensar, esta noche si me animo, les aviso y nos vamos por ahí a bailar, pero quiero que entiendan que ya no me interesa conocer a nadie más. No les miento al decirles que siento que José Alberto es el amor de mi vida, el hombre con el que me quiero casar y sé que eso va a suceder pronto aunque debo tener paciencia y armarme de valor para lograr eso que me propongo. No tengo más que darles las gracias a las dos, esperen mi llamada esta noche —les dije al mismo tiempo que me levanté para que nos abrazáramos y las despedí.

Comencé a trabajar con una sonrisa porque de alguna manera mis amigas estaban al tanto de cómo me sentía. Apostaba todo porque las cosas marcharan bien con José Alberto y nuevamente salí antes de la oficina para preparar darle el mejor recibimiento aunque fuera por poco tiempo.

Ya estando en casa, me sentía muy ansiosa, deseaba enormemente que llegara José Alberto y lanzarme en sus brazos para abrazarlo y decirle que lo extrañaba. Miré el reloj y ya eran las siete, la hora en que me dijo que iba a llegar y mi corazón comenzó a palpar con más fuerzas porque el momento ya estaba cerca. Me asomé a la ventana de la sala, habían pasado ya diez minutos de la hora pautada y no llegaba. Tomé mi móvil y le marqué porque la preocupación de que algo malo le estuviera sucediendo me tenía muy mal.

—¡José Alberto, disculpa que te haya marcado! Es que ya está corriendo el tiempo y no has llegado —le dije enseguida que me contestó la llamada.

—¡Gabriela, lo siento! Estaba a punto de marcar a tu móvil en este momento porque no voy a poder ir. Muero de ganas por verte desnuda y follarte, pero tengo una reunión por webcam con unos proveedores extranjeros que no pude posponer y el fin de semana tengo otros compromisos con un nuevo producto, así que nos veremos el lunes en la noche en tu casa. Yo te llamo en cualquier momento para que no tengas que hacerlo. Te envío un beso con mucha pasión para que te alcance hasta que nos veamos —contestó rápidamente sin dejarme siquiera que me despidiera de él.

Me quedé con el móvil en la mano, viendo como ya no aparecía su nombre en la pantalla después que me dejó con las palabras y la emoción a medias. El misterio de su vida iba creciendo y ya no sabía qué pensar. Quería llorar, necesitaba gritar y salir corriendo a algún sitio donde pudiera sentir que en realidad le interesaba a alguien. Solo se me ocurrió llamar a mis amigas y no dudé en aceptar su invitación.

—¡Estamos en la taberna del viejo Pepe! Ven hasta aquí que hay buena música y eso te va a relajar un poco mientras nos cuentas bien qué sucedió, amiga —comentó Sheila y de fondo podía escuchar a Claudia gritar repitiendo lo mismo.

Enseguida me fui en mi coche y apenas llegué, me retoqué el maquillaje para borrar las huellas de mi tristeza y dibujé una gran sonrisa en mi boca. Apenas entré, me gustó mucho el ambiente que había en la taberna. La música estaba demasiado alta, pensé en gritarles a mis amigas, pero mi

vista de inmediato pudo capturar a Sheila y caminé hasta la mesa donde estaba sentada bebiendo una copa de vino.

—¡Gabriela, menos mal que llegaste! Claudia se fue con el mesero, debe estar follando en su coche, en definitiva ella nunca va a cambiar —me comentó Sheila mientras me saludaba y criticaba a nuestra amiga.

—Ya sabes cómo es ella, es su manera de disfrutar de la vida, lo importante es que se cuide para que no contraiga nada, es algo que debemos recordarle siempre. También me gustaría que se diera cuenta que el sexo no lo es todo, tal vez comento esto porque yo quiero una estabilidad, algo diferente —le respondí a Sheila con la tristeza en mis ojos.

—Sí, es cierto, es que me cuesta un poco ser tan libertina. Follarse a alguien puede ser divertido si se hace con la misma persona, si se reinventa la pareja en ese sentido, yo también busco una estabilidad. Alguien que me dé una buena follada, pero que también quiera amanecer conmigo en las mañana —me confesó Sheila y sentí que era lo que también quería.

—También pienso igual que tú, amiga —le respondí al mismo tiempo que ordenaba una copa de vino y brindaba con ella.

—¡Esperen, no brinden sin mí! —gritó Claudia con su tono alocado de voz.

Enseguida nos saludamos y brindamos por una buena noche. No le preguntamos nada de lo que había hecho con el mesero, pero ella fue muy gráfica y nos dio todos los detalles hasta nos habló del tamaño de su polla y que casi no podía meterlo en su boca. Después de eso, les comenté a las dos sobre lo que había sucedido con José Alberto y los planes para el fin de semana no se hicieron esperar. Eso me tranquilizó un poco porque lo menos que quería era sentir el vacío de la soledad después de imaginar que ya podía disfrutar de una relación seria con el hombre que creía amar.

## Capítulo VII

La noche había terminado, al menos para mí porque me sentía muy borracha de haber bebido tanto vino. Me fui a la casa no sin antes dejar a Sheila mientras Claudia se iba a un motel con el mesero que acaba de conocer. Al menos ella iba a amanecer con alguien, ni siquiera yo lo había logrado ni porque estaba pensando que ya tenía un noviazgo con José Alberto y desde ya las cosas no me estaban funcionando como en realidad lo había planificado.

En la mañana, me despertó el sonido de un mensaje en mi móvil. Era Luciano, me sentí muy fastidiada que continuara con su insistencia, pero aun así leí lo que me había escrito, se trataba de una publicidad de una conferencia donde iba a presentarse José Alberto como el principal ponente en representación de su empresa. En ese momento recordé que él me había comentado en la llamada que el fin de semana tenía algunos compromisos con un nuevo producto, no estaba segura si se trataba de esa presentación, pero algo había oculto en todas sus palabras. Busqué el número de Claudia y cuando le iba a marcar, me vino a la mente que quizás siga dormida después de haber tenido una buena follada con el mesero y preferí hablarle a Sheila.

—¡Pero por supuesto que sí te voy a acompañar a ese evento! Y no te preocupes, Claudia ya nos contactará cuando esté libre del mesero —respondió Sheila como siempre manifestándome su apoyo.

—Muchas gracias amiga, creo que algo va a suceder con José Alberto. Tal vez logre sorprenderlo gratamente —le dije para luego ponernos de acuerdo para ir.

Al final de la tarde, me vestí con un vestido muy elegante, propio para la ocasión y pasé a buscar a Sheila y cuando llegamos al hotel donde se iba a dar el evento, nos conseguimos con Luciano que se veía muy guapo, como siempre haciendo derroche de su porte tan elegante que hasta me traía gratos recuerdos de cuando nos desnudábamos en el baño y acariciaba mi cuerpo mojado para ponerme contra la pared y hacerme gemir de placer. No pude evitar sonreírle con picardía recordando cada una de nuestras travesuras follando.

—¡Bienvenidas, están preciosas las dos! —gritó mientras se acercaba a nosotras y besaba nuestras manos como si en verdad fuéramos de la realeza.

—¡Gracias Luciano! Te agradezco mucho que me hayas enviado esa publicidad de este evento. Ya sabes que me gusta estar siempre informada de lo que sucede en nuestro mundo empresarial. Además, para mí fue una sorpresa leer que José Alberto es uno de los ponentes principales —le dije sonriendo.

—Es cierto, ya había acompañado a Gabriela a otros eventos similares, pero veo que esté va a superar mis expectativas en todos los sentidos —comentó Sheila observando todo a su alrededor.

—Bien, reservé tres lugares para nosotros muy cerca de la tarima para que no se nos escape un solo detalle —nos dijo mientras lo seguíamos hasta el salón de la conferencia.

Cuando el evento comenzó, mis nervios se aceleraron un poco porque no sabía cómo iba a reaccionar al ver a José Alberto frente a mí y sobre todo saber cómo reaccionaría él al verme sentada en el evento. Me sentía tan orgullosa de saber que mi futuro esposo, porque así lo veía, era el ponente principal de un evento de talla internacional.

—Ya van a comenzar las ponencias —comentó Sheila bastante emocionada como le ocurría en cada evento que me acompañaba.

—Buenas noches, les agradezco que hayan tomado un tiempo de este sábado para escuchar las ponencias de los empresarios más importantes del país y el extranjero —comentó el orador de orden mientras nos levantábamos todos los asistentes y aplaudíamos —En este momento quiero anunciar que ya se encuentra listo para compartir sus experiencias, el famoso empresario José Alberto Barbieri junto a su preciosa esposa, Clara ¡Aplausos para ellos, por favor! —exclamó el orador y mi corazón se ralentizó por esos segundos al verlo caminar en la tarima de la mano con esa mujer, la misma con la que bailaba toda la noche, con la que jamás se separó en la fiesta presidencial y no era otra cosa que su esposa.

Sheila me tomó de la mano al ver que mi cuerpo se había tambaleado. Luciano me miró avergonzado porque sabía que siempre me había dicho que se trataba de un mal hombre y no pude quedarme en ese lugar por más tiempo. Pedí permiso para poder pasar por entre la gente y volteé a mirar para que me quedara ese recuerdo grabado por siempre y José Alberto se dio cuenta que yo estaba ahí y que lo había visto junto a ella y bajó la mirada, pero ya no tenía nada que hacer en ese lugar.

—¡Sácame de aquí por favor, amiga! —le pedí a Sheila y ella tomó las llaves de mi coche para irnos hasta la casa.

—Gabriela, yo... —dijo Luciano, pero levanté mi mano para no dejarlo continuar. Al final él siempre me alertó de quien se trataba José Alberto y yo de tonta ilusionada no creí en él.

—No te preocupes, no tienes la culpa de nada. Debo agradecer que en todo momento me hablaste con la verdad y yo estaba ciega, pero eso no significa que podamos volver a tener algo tú y yo. Entre nosotros jamás volverá a pasar algo, solo puedo ofrecerte mi amistad, nada más —le respondí a Luciano y miré a Sheila quien se dio cuenta que era el momento de marcharnos.

La lluvia comenzó a caer mientras Sheila conducía y yo permanecía en silencio. No había palabras para decir cómo me sentía por dentro, nada de lo que expresara iba a describir el sufrimiento que tenía por lo que me había enterado. No estaba segura si tenía ganas de llorar o de abrir la puerta del coche y dejarme arrastrar por el pavimento mojado en plena autopista, tal vez de esa manera, muriendo iba a dejar de sufrir por el engaño de José Alberto.

—Llora si tienes ganas de hacerlo, amiga, no te detengas por mí. Somos amigas y sé que en ese momento quieres gritar y tienes muchas dudas. Estoy aquí para escucharte, no quiero que sufras en silencio —me dijo y me conmoví al oír las palabras que con tanto cariño me estaba

diciendo mi amiga.

—Me siento muy mal, el sufrimiento que tengo en mi corazón no lo puedo describir. Me enamoré perdidamente de José Alberto ¡Sé que tú y Claudia creen que soy una loca! Pero sí, me enamoré de él a primera vista —le confesé llorando.

—¿No será que te sientes atada porque folla de lo mejor? —me preguntó Sheila al traer mis palabras de vuelta.

—Sé que les dije eso, pero me siento atada a él en mi corazón y también es cierto que después que me folló de esa manera no he dejado de pensar en él y sueño con que me lo haga una y otra vez —le respondí secándome las lágrimas —Y discúlpame amiga, pero no quiero seguir hablando de él, me hace sentir contra el piso recordarlo. Solo te pido que me lleves a mi casa. Ya le pedí a Alejandro, el chofer de mis padre va a recogerte a mi casa para llevarte a la tuya, me siento muy agradecida contigo —le dije con mucho sentimiento.

—No sé si deba decirte esto, pero creo que deberías pensar de otra manera. Aun sigues hablando de José Alberto como si no pudieras vivir sin él, ¿te estás escuchando? Dices que sueñas con que te vuelva a follar, Gabriela —me reprochó Sheila y ella tenía razón.

—Es cierto, parezco una tonta ¡Un enorme pollón no va a venir a controlar mi vida! No quiero saber nada de José Alberto ¡En mi vida quiero volver a ver a ese hombre! —respondí con mucha confianza y seguridad en mis palabras.

Cuando llegamos, Sheila dejó mi coche estacionado y enseguida llegó Alejandro, el chofer y se marcharon. Me fui a mi habitación y me asomé en el balcón a mirar el cielo, cerré los ojos y no podía evitar recordar sus besos, sus caricias y sus movimientos al follarme que me dejaban embobada de placer. Me excitaba pensar en eso, estaba tan confiada que íbamos a tener una relación formal y me vi vestida de blanco y caminando de su mano hasta el altar, pero no, me engañó y caí como otra más, tal y como me lo había advertido Luciano.

Mientras permanecía ahí, mi móvil comenzó a repicar, pero no quise contestar, no tenía ánimo de hablar con ninguna persona. Sabía que Sheila iba a llegar bien a su casa, así que no me preocupé más que por lo que estaba sintiendo. Me recosté en la cama y después de tanto llorar, me quedé dormida hasta que el timbre de la casa me despertó retumbando todas las paredes.

—¡Un momento, por favor! —grité para que dejaran de tocar de esa manera.

Apenas abrí la puerta, lo primero que se asomó fue un enorme arreglo floral y frutal tan grande que no podía ver quien lo traía hasta que lo bajó y el joven me indicó que era una entrega para mí. No me sentí asombro al darme cuenta de que lo había enviado José Alberto, de alguna manera se debía estar consumiendo por dentro por el daño que me había hecho. Se había burlado de mí de la manera más despiadada.

Como pudo, el mensajero logró meter el enorme obsequio y lo dejó sobre la mesa. Después de agradecerle, se marchó y yo me quedé frente al jardín que me habían enviado a casa

prácticamente. Busqué alguna nota, un escrito dentro de un sobre en el que tal vez me dedicara algunas palabras, pero no. Al parecer se le había pasado ese detalle y me imaginaba que había solicitado esas flores tan de prisa que no tuvo tiempo de escribir algo para mí.

La ira me iba a invadir y tuve ganas de golpear todo y tirarlo a la basura, pero luego pensé en que las flores o las frutas tenían la culpa y me senté a comer una deliciosa manzana al mismo tiempo que llegó un mensaje en mi móvil:

*“Sé que no tengo palabras para pedir perdón por lo que te hice y con esto solo quiero que puedas sentirte relajada al menos por hoy. Mañana voy a buscarte en tu casa para que hablemos porque no quiero separarme de ti. Espero que quieras escucharme. Me muero por besar tus labios y sentir lo caliente de tu vagina cuando te estoy follando.”*

Al leer esas palabras no supe cómo reaccionar, estaba tan decepcionada de José Alberto que por ningún motivo tenía que darle curso a su propuesta. Él estaba dispuesto a hablar, pero ¿qué podía decirme? ¿Acaso podía explicarme algo que yo no haya entendido? ¿Es que había una explicación después de haberme enterado que él es un hombre casado? No, hablar con él no tenía sentido, mi corazón se negaba a sufrir por amor y ya lo estaba haciendo.

—¿Quién es? —pregunté muy alterada a través de la puerta al escuchar nuevamente el timbre.

—¡Amiga, es Claudia y Sheila! Hemos venido a verte, sabes que puedes confiar en nosotras —contestó Claudia y enseguida les abrí y nos abrazamos las tres.

—Me siento muy mal, José Alberto quiere que hablemos, me dijo que venía mañana a buscarme para decirme no sé qué cosas ¡No quiero verlo, amigas! José Alberto me hizo daño, me ilusioné como una tonta, es que él tuvo que decirme la verdad, jamás debió ocultarme que era casado solo para follarme, no debió —les dije a mis amigas llorando desconsoladamente ese domingo cuando debí al menos estar despertando luego de una gran borrachera con ellas.

—No voy a permitir que ese descarado te haga daño, amiga. No lo vas a ver más, voy a hablar con él en su oficina mañana temprano. Por ahora quiero que estés tranquila, te hemos traído de comer y nos vamos a quedar contigo todo el día de ser necesario —comentó Claudia con enfado.

—Ven, vamos a tu habitación para que puedas acostarte mientras nosotras nos encargamos de todo —expresó Sheila y me ayudaron a entrar a la habitación.

Comenzaron a hablar de cosas positivas, aunque yo lo único que buscaba era olvidar. Me quedé dormida de tanto recordar, cuando desperté ya ellas se habían marchado. El lunes apenas amaneció, quise evitar que Claudia buscara a José Alberto. De alguna manera no estaba bien que ella se involucrara así y pasara un mal rato por mi culpa por eso me fui hasta la empresa de él y al ver que su asistente no estaba en su puesto, entré a su oficina sin anunciarme, pero casi caigo al piso al ver lo que estaba ocurriendo.

—¡No lo puedo creer! ¿De esta manera pensabas ayudarme con José Alberto, Claudia? —grité a Claudia después de verla encima de José Alberto con sus pechos descubiertos mientras él los

besaba.

Salí rápidamente de ese lugar, no quería hacer un escándalo porque yo tan solo era una de las tantas mujeres a las que José Alberto follaba, pero lo que me provocaba era acercarme y golpear a Claudia hasta más no poder ¡Jamás me hubiese pasado por la mente que ella me podía hacer algo así! ¿Por qué follarse al hombre de mi vida? Me preguntaba y no encontraba ninguna respuesta hasta que me subí en mi coche y ella estaba tocando la ventanilla para que la escuchara. No le hice caso, ni la miré, solo conduje hasta la casa de Sheila porque necesitaba contarle y desahogarme.

—¡No puedo creer que me estés hablando de Claudia! Nosotras hemos sido amigas por muchos años, no es posible que ella haya preferido follarse a un hombre sabiendo que con eso se exponía a perderte como amiga —comentó Sheila después que le comenté sobre lo que había sucedido con Claudia.

—Ahora no sé cómo sentirme, ya estoy acabada. Ella sabía que José Alberto esta noche quería hablar conmigo, entonces lo planificó todo para que no me convenciera de volver con él ¡Es una mala amiga! —grité sin poder dejar de llorar —No la quiero volver a ver, ni al él tampoco. Solo espero que tú nunca me falles, amiga, eres lo único que me queda —le dije mientras me abrazaba a ella para seguir llorando.

—No te preocupes, amiga, yo tampoco quiero saber nada de Claudia. Si te falló a ti también lo haría conmigo. Ella demostró que no valora una verdadera amistad y si te hizo sufrir a ti, también lo hizo conmigo —me confió Sheila y yo creí fielmente en ella.

La decepción que sentía no cabía dentro de mi pecho. Después de hablar por un largo rato con Sheila, me fui a la oficina para salir de unos pendientes y de ahí me marché a mi casa y no habían pasado ni treinta minutos cuando comenzaron a llamar en la puerta de la casa. Abrí, pero volví a cerrar rápidamente al darme cuenta de que era José Alberto.

—¿Qué quieres? ¡Por favor márchate de mi casa, es que no te ha sido suficiente todo el daño que me has hecho? —le pregunté llorando y gritando porque no quería verlo nunca más.

—¡Por favor, escúchame lo que tengo que decirte! Necesito que hablemos, yo no tengo la culpa de las locuras de Claudia. Ella y yo ya nos conocíamos, pero entró a mi oficina con esa actitud tan seductora y no pude contenerme, perdóname esa debilidad, pero escúchame ¡Yo te necesito en mi vida, Gabriela! —gritaba a través de la puerta y me costaba mucho pensar que sus palabras eran ciertas, en verdad no tenía las intenciones de abrir hasta que dio con las palabras exactas para que mi corazón se condoliera ante él —No quiero irme de aquí sin verte y darte un abrazo, no veo mi vida sin ti y necesito que me perdones si es que hay algo que perdonar —comentó y al oírlo no tuve más opción que abrirle la puerta.

—No debería estar contigo, no creo que existan palabras para que pueda perdonar lo que he visto en estos días. Eres un mal hombre, no conforme con tenerme engañada que eres casado,

ahora pretendía follarte a mí mejor amiga que fue supuestamente con las mejores intenciones de alejarte de mí —le dije mientras sostenía la puerta para que no se cerrara.

José Alberto no dijo nada más, se lanzó sobre mí para abrazarme de una manera única como si buscaba transmitirme que en verdad le estaba importando más allá de ser un pasatiempo para él. Me tomó entre sus brazos y me llevó hasta el sofá de la sala y comenzó a acariciar mi cabello al mismo tiempo que no dejaba de mirarme. Hubo una conexión mágica en esa mirada que solo pude cerrar mis ojos para dejarme besar por él. Sus labios húmedos recorrieron mi cuello y sus manos fueron dejando al descubierto mis hombros para que mis pechos se asomaran y quedaran a la merced de su boca. Su lengua comenzó a jugar con mis pezones mientras chupaba haciendo que mi boca se entreabiera intentando encerrar los gemidos que estaban a punto de salir. Él se subió abriendo mis piernas sin dejar de besarme iba acariciándome hasta meter su mano dentro de mi braga y pude sentir cómo sus dedos se mojaban con mi al mismo tiempo que frotaba mi clítoris.

Ese juego previo se extendió mientras sus labios me amordazaban con más besos apasionados que lo único que me hacía era pedirle más y más. Ya no podía aguantar las ganas de sentir su enorme polla dentro de mí con esos movimientos rápidos y suaves que me hacían disfrutar de contracciones previas al orgasmo, pero esperaba aun más de él y le indiqué con mis palabras llenas de gozo, que no dejara de moverse.

## Capítulo VIII

Nada más pasaba por mí mente que el disfrute de una buena follada y no cabía duda de que solo la había conseguido con José Alberto.

—No, no quiero que acabes aun. Déjame seguir disfrutando de este buen sexo, es que me encanta como me follas, no quiero que saques la polla, sigue por favor —le pedí, pero eran tantas las ganas que nos teníamos que justo en ese momento, José Alberto se vino y me dejó escuchar un breve grito de satisfacción que me mantuvo enmudecida por unos cuantos minutos.

—Me enloquece follarte, no pude aguantar más tiempo. Ya debo irme, no sabes cómo me emociona saber que estamos bien ya ¡Nos vemos mañana! Ya sueño con meterte mi polla otra vez —me dijo sin hablar de nada.

José Alberto comenzó a vestirse, nuevamente me dejó desarmada por completo. Antes que llegara a mi casa pensaba en que no quería volver a verlo por ser un mal hombre y hasta hace unos minutos entró por esa puerta y sin decir nada más acabó follándome y se marchó. Yo quedé como la propia tonta, lo había dejado entrar pensando que me iba a pedir perdón y que tal vez me pediría que esperara un poco hasta creí que se iba a inventar una historia en la que no era feliz en su matrimonio, pero eso tampoco pasó.

¿Cómo había caído tan bajo por el solo hecho de querer estar al lado de un hombre por capricho? No sabía que responderme a mí pregunta porque me había convertido en una boba, una puta que estaba siendo la amante de un hombre que lo único que buscaba era la satisfacción de su polla. Había sido mentira su discurso en el que me decía que no podía vivir sin mí, lo único que buscaba era que lo dejara entrar para follarme e irse como siempre. Para más colmo, me di cuenta de que me había envuelto en una relación en la que estoy perdiendo como una simple amante, pero de poco tiempo, pocas horas, es más, de solo minutos.

No sabía qué hacer, cómo le iba a contar a Sheila esto que me había sucedido luego de haberlo visto a punto de follarse a Claudia y sabiendo que me había mentado con su situación civil. En ese momento solo buscaba que la tierra se abriera y me desapareciera porque no sabía cómo afrontar lo que se me venía encima. Y después de beber varias copas de vino tratando de olvidar, me quedé dormida en el mismo sofá donde había follado con José Alberto y me levanté al día siguiente con un fuerte dolor de cabeza, pero me tuve que ir rápidamente a la oficina y en el trayecto, el coche se detuvo y me bajé a mirar qué podía ocurrir y me sentí tonta al no saber por desconocimiento.

—¿Estás bien, qué le sucede a tu coche preciosa? —preguntó un hombre muy guapo que había estacionado a uno de los lados de la autopista para acercarse a mí, pero me quedé mirándolo como si fuese un salvador y no pude responder —¿Te pasó algo? —insistió en saber al darse cuenta de que no le había respondido.

—¡Sí, perdona, estoy bien! —le respondí un poco avergonzada porque me había quedado pensando —En realidad no sé que le ocurre a mi coche, salí de mi casa y cuando me detuve en el semáforo se apagó —le dije señalando mi coche y con la expresión de preocupación en mi rostro.

—No sé mucho de coche, pero tal vez sea que se desajustaron algunos cable ¿Puedes abrir para mirar, por favor? —me dijo y en seguida asentí con mi cabeza al mismo tiempo que me subía en el coche para darle al botón.

El misterioso hombre se subió un poco las mangas de su camisa para no ensuciarse de grasa y después de ajustar algunas cosa, me pidió que encendiera el motor y me di cuenta de que ya no estaba el desperfecto. Le agradecí con una sonrisa que se me daba de manera muy natural, pero luego me di cuenta de que no sabía ni su nombre e intenté preguntarle solo que recordé cómo se habían dado las cosas con José Alberto y preferí no forzar las cosas.

—Muchas gracias, ya estuve a punto de llamar a asistencia vial porque no sabía. También me encantaría conocer al menos tu nombre ¡Fuiste mi salvador en este día! Lo menos que mereces es que te recuerde por eso —le respondí sin buscar presionarlo.

—¡Luis Fernando! —respondió sonriendo —Ya deja de preocuparte, el coche solo tenía un cableado desajustado. Ya puedes llegar con tranquilidad hacia donde ibas,

—Gracias Luis Fernando, mi nombre es Gabriela y te estoy muy agradecida. Esta es mi tarjeta por si llegas a necesitar de algo en mi empresa —se la entregué y no dudé en subirme a coche para marchame.

Estando en la oficina, no podía dejar de pensar en lo que me había sucedido con José Alberto. Lo menos que quería en ese momento era hablar con Sheila, no podía ¡es que se me caía el rostro por la vergüenza! Minutos después, sonó mi móvil y dudé en mirar la pantalla pensando que era ella, pero no alcancé a reconocer el número y lo ignoré por completo, pero ante tanta insistencia tuve que contestar.

—¿Gabriela? —preguntó un hombre al que tampoco identifiqué su voz.

—Sí, quién me habla —respondí con un poco de confusión.

—Es Luis Fernando, te ayudé con el coche esta mañana, ¿lo recuerdas? —me preguntó y de inmediato se dibujó una sonrisa en mi boca.

—¡Por supuesto que sí! Qué alegría escucharte, ¿te puedo ayudar en algo, Luis Fernando? —le pregunté emocionada al saber de quién se trataba.

—Pasé por aquí cerca y me preguntaba si ya habías almorzado para que me acompañaras a comer o tal la cena —propuso, pero no me sentía preparada para salir con alguien más, a menos que solo busque solo una amistad para compartir, gracias por ese error —me respondió sin dejar de sonreír.

—Cenar no puedo, tengo un compromiso diario a esa horas y es difícil planificar algo en ese horario, pero me agrada la idea de ir juntos a almorzar, así me desconecto un poco del trabajo —

le respondí mientras dejaba el lápiz sobre el teclado de mi computadora.

Luis Fernando había aceptado mi contrapropuesta y solo quedaba media hora para vernos. Salí de la oficina con la idea de tener otro tema de conversación que no fuera algo de lo que me estaba ocurriendo últimamente con eso de ser una amante de turno.

—Gracias por aceptar mi invitación, desde hacía mucho que no disfrutaba de una buena compañía —me dijo apenas me vio y me ayudó a tomar asiento —¿Qué deseas beber? —me preguntó mientras levantaba su mano para capturar la atención del mesero que se acercó a nuestra mesa de inmediato.

—¿Están listos para ordenar, los señores? —preguntó el mesero y se quedó mirándome.

—Sí, por supuesto. Por favor me trae una copa de vino rosa y la ensalada de la casa —le pedí sonriendo mientras miraba a Luis Fernando que aun estaba indeciso mirando la carta del menú.

—A ver, también me trae una copa de vino rosa como a la señorita —solicitó Luis Fernando y se me quedó mirando con una sonrisa para luego pedir su almuerzo —¡Lo mismo, tráigame la ensalada de la casa! —gritó al mesero aun con la sonrisa en su boca.

Por un momento los dos nos quedamos en silencio bebiendo de nuestras copas con agua. Yo, pensando en José Alberto, en el estrés que me generaba saberme la amante de turno de un hombre por el que estaba dispuesta a dar mi vida aun cuando se iba a follar a mi amiga, pero que me disgustaba la idea de tener que hablarle a ella. Aunque parecía ilógica, no podía pensar en perdonar a Claudia y en cambio a José Alberto, a él no solo lo había perdonado, habíamos follado como si nada hubiera pasado y eso hablaba muy mal de mí, de mi poca autoestima como mujer.— ¿En qué tanto puede pensar una mujer tan guapa como tú? ¡No me digas que ya te sientes aburrida de mi compañía! —insistió en saber mientras tocaba mi mano con delicadeza.

—¡En nada, qué vergüenza contigo! Solo me vino a la mente el trabajo en la empresa, es que tengo muchas cosas que se han acumulado, pero ya vamos a comer ¡Esto se ve delicioso! —le contesté y al ver la comida sobre la mesa, aproveché el momento para no dar explicaciones.

—¿Te dije que tienes los ojos más hermosos que había podido ver en una persona? —me preguntó y me pareció bastante extraña su conversación que me quedé mirándola muy confundida.

—Creo que eres la primera persona que se fija en eso. A mí me encantan mis ojos, pero he salido con otros hombres y solo se fijan en mis pechos o mi trasero ¡Gracias por ese halago! —le contesté con sinceridad —Está muy sabrosa esta ensalada —le dije y seguí comiendo sin volver a pensar en su comentario, pero él insistía en elogiarme con su extraña manera.

—¡Pues han ido unos tontos esos hombre que te pretendieron! A mí me parecen una mujer muy guapa y con una sensibilidad a flor de piel —comentó pasando su mano por la mía, pero la alejé de inmediato y Luis Fernando enseguida lo notó —¡No fue mi intención incomodarte con esto, perdona Gabriela! Es muy difícil para mí estar ante una mujer tan preciosa y no decirle las maravillas que merece —expresó buscando mi mirada.

—Estoy ahora mismo saliendo con alguien y no me interesa este tipo de conversación, es que me resulta incomoda ¡no sé si me entiendes! —le contesté intentando ser sincera.

—Te diré que no me extraña, es obvio que una mujer como tú esté comprometida. Si yo fuera tu novio, te bajaría las estrellas todos los días hasta que ya no quedara una en el cielo. Me encantó conocerte, Gabriela, eres una mujer muy especial lo puedo notar cuando me miras —me dijo y me estaba intimando con sus palabras.

No estaba acostumbrada a oír ese tipo de halagos de un hombre, tal vez era su manera conquistar a una mujer para terminar fallándosela, pero a mí no me iba a convencer con ese discurso barato de Casanova, aunque me emocionaba un poco saber que le inspiraba todo lo que me iba diciendo.

—Se te va a poner fea la ensalada si no la terminas ¡Yo he terminado este platillo! —grité nuevamente para desviar el tema de conversación porque de otra manera solo me iba a levantar de la mesa y me iba de su lado.

—Tienes razón, no debo hablar de cosas que te incomoden, prometo que no volverá a ocurrir, solo si tú me haces otra promesa —me propuso logrando que me identificara con su razón.

Terminamos de comer en silencio y Luis Fernando se quedó mirándome, pero por más que yo intentaba concentrarme en hablarle, la imagen de José Alberto venía a mí, como si le estuviera siendo infiel y me dieron ganas de marcharme.

—Ya debo regresar a mi oficina, en verdad fue muy grato estar aquí y el almuerzo estuvo muy sabroso, sobre todo diferente. Creo que voy a considerar venir con frecuencia a este lugar, ofrece muchas alternativas para comer y eso me gusta, su variedad —le dije mientras tomaba mi bolso.

—No te voy a detener, comprendo que el deber te llame. Yo tengo mi bufete aquí cerca, soy abogado y estoy a tú orden para cuando me necesites. Te reitero que fue un placer conocerte —me dijo con unas sonrisa al mismo tiempo que se levantaba de la mesa para darme su mano y despedirse como todo un caballero.

—Muchas gracias, voy a tenerte en cuenta y que tengas una feliz tarde Luis Fernando —le contesté y le sonreí.

Caminé hasta el estacionamiento y me subí en el coche, en eso recibo un mensaje de José Alberto diciéndome que moría de ganas porque ya fuera la noche para ir a mi casa a follarme. La confusión me hacía dudar de mis sentimientos hacia él, pero la persistencia me decía que tenía que ser inteligente y esperar con paciencia hasta que se diera cuenta que también me amaba. Soñaba despierta con escucharlo decirme nuevamente que no podía vivir sin mí, pero mirándome a los ojos y no detrás de una puerta solo para que lo dejara entrar. Esa vez no le respondí, Me fui a la oficina y ahí me dejé llevar por el trabajo que se acumulaba cada día y se me pasaron las horas.

—Gabriela, trajeron este paquete para ti. Lo dejó un mensajero, viene con esta tarjeta y voy a dejártelo de este lado porque tienes todo ocupado. Estaré afuera por si me necesitas, continúo con

el pago de los proveedores —me dijo Ana cuando entró a la oficina.

Enseguida pensé que se trataba de otro obsequio de José Alberto, ya había sido el brazalete de oro blanco y el enorme ramo de flores, ¿ahora qué podía ser? Me preguntaba al tener presente que su estrategia era la de comprarme el perdón. Aun así, me sentí intrigada y me levanté para mirar de qué se trataba esta vez, pero para mi mayor sorpresa, no era de él sino de Luis Fernando. Tomé el sobre y cuando lo abrí, había una tarjeta con una nota que al sacarla salieron mariposas de papel que cayeron sobre la alfombra y me arrodillé para recogerlas.

Era muy difícil no sentirme emocionada, jamás había recibido algo así y me pareció un detalle muy original y diferente. Pero lo que más me sorprendió fueron las palabras que había escritas en esa nota:

*Tal vez pienses que soy un romántico, de esos que no encajan en este siglo, pero ¿cómo no serlo ante una mujer como tú? No sé si esté bien pensarte y está mal, pues te pido mil disculpas, pero ¿cómo no pensarte si no puedo dejar de recordar el azul de tus ojos? Quizás me haya vuelto loco y después de este atrevimiento de mi parte ya no quieras volver a verme y me arriesgo a eso, solo quiero que sepas que siento envidia de ese hombre que llena tu corazón y tu vida de amor. Gracias por no saber arreglar tu coche, de no haber sido así jamás te hubiese conocido, Gabriela ¡Eres la mujer más valiosa y preciosa que he conocido!*

*Luis Fernando Alba*

Me llevé esa carta al pecho y cerré mis ojos al mismo tiempo que no podía dejar de suspirar. Parecía una tonta al dejarme llevar por el romanticismo que nunca había sentido, es que me había agradado lo que tenía en mis manos, ese detalle de las mariposas, de cada una de sus palabras que al parecer yo le inspiraba era algo novedoso para mí. En cambio José Alberto solo me escribía que me deseaba, solo me hacía saber que moría de ganas por follarme e irse a su casa a pasar la noche con su esposa y despertar con ella en la mañana. Para él yo solo era un juguete, como si fuese una muñeca inflable sin sentimiento, que solo estaba para abrir las piernas y recibir la leche de su semen para su satisfacción.

Las lágrimas se asomaron, pero de la ira me las sequé de inmediato para que no se me notara la tristeza que estaba sintiendo en ese momento. Me senté en el sillón y comencé a abrir la pequeña caja con mucho cuidado porque estaba segura de que iba a encontrarme con algo bastante delicado como lo eran sus palabras y al abrirla casi lloro de la emoción ante la belleza que tenía frente a mí ¡Una enorme mariposa de cristal! Hice un espacio sobre mi escritorio y la coloqué encima para admirar cada uno de sus detalles y era inigualable, hermosa, única, pero aun había más. Dentro de la caja había una pequeña nota que decía:

*Que tu amor siempre sea como el vuelo de una mariposa, suave, imponente y hermoso. Que esta mariposa cada día te recuerde que debes volar y ser feliz. Que tengas una maravillosa tarde y te reitero, fue un placer conocerte.*

No podía creer que existiera un hombre como Luis Fernando, a mí solo me había tocado conocer al que me obsequiaba flores pero cuando hacía algo malo, ni siquiera me había dicho que guapa me veía un día o me habían preguntado si había comido durante el día. Era solo vernos, salir por unas copas con los amigos y luego a la cama o a algún lado que nos provocara follarse. Solo levantaba mi falda o mi vestido y metían su polla, nos satisfacíamos ambos, pero hasta ahí quedaba todo. Por eso apostaba a que todo fuese diferente con José Alberto porque me sentí enamorada de él, como si mi corazón me hubiese hablado ese día para decirme que no tenía que seguir buscando ya que en él lo tenía todo y en verdad no era así. Nuevamente la confusión se apoderaba de mí al pensar si José Alberto era en verdad el hombre de mi vida, pero ya era demasiado tarde, me había entregado a la esperanza que así podía ser y continué trabajando aunque en minutos no podía dejar de mirar a mi mariposa hasta que ya se había hecho tarde y me fui a la casa para prepararme a recibir a mi amante. Esa palabra no me gustaba, pero esa era mi triste realidad.

Y así fue, llegó la noche y a las siete como los días anteriores llegó José Alberto a mi casa, con unos aretes de oro blanco que hacían juego con el brazalete y me emocioné al recibirlos, ¿quién no se alegra con esos obsequios tan costosos? Yo no podía ser la excepción y la confusión se me alejaba en ese momento de lujuria y pasión.

## Capítulo IX

Una vez más, José Alberto estaba frente a mí, terminando de vestirse para irse a su casa después de haberme dado una buena follada que me tenía aun acostada en el sofá. Apenas se marchó, me di cuenta de que me había pegado una chupada en el cuello y estaba segura de que se iba a poner peor en la mañana y así fue.

—Buenos días amiga, quise pasar temprano a tu casa porque llevo días sin saber de ti —dijo Sheila apenas entró a la casa —La puerta estaba abierta, por eso me atreví a entrar sin avisar —comentó al verme.

—¡Amiga, es que he estado muy ocupada pero en verdad me emociona verte! ¿Ya desayunase? Yo voy a hacerlo en un restaurante que visité ayer y quedé fascinada —le respondí sonriendo mientras me cubría el cuello con mi cabello para que nos se notara el chupón —¿Me acompañas? Así tenemos la oportunidad de conversar un rato —le propuse esperando que aceptara para comenzar de la mejor manera mi mañana.

—¡Me encanta la idea, Gabriela! —me dijo y salimos de la casa en nuestros coches.

Cuando iba manejando justo por el semáforo donde me había quedado accidentada, recordé el momento en el que llegó Luis Fernando a rescatarme, como si en verdad yo viviera en un cuento de hadas, pero José Alberto invadió mi mente en ese instante y me di cuenta de que en vida solo había cabida para una historia de sexo y lujuria en la que no era feliz del todo salvo los momentos en los que lograba alcanzar un orgasmo. Mientras pensaba en eso, llegamos rápidamente al restaurante y ocupamos una mesa, muy cerca de donde había almorzado con Luis Fernando.

—No sabía que conocías este lugar, me han hablado mucho de él y me parece que es un hermoso sitio, espero que la comida sea igual —comentó Sheila emocionada mientras revisaba la carta del menú.

—Cualquier cosa que vaya a ordenar para comer es deliciosa, amiga —le dije al mismo tiempo que le sonreía.

Desayunamos delicioso y conversamos mucho. No tuve la oportunidad de comentarle a Sheila sobre José Alberto, más bien tenía vergüenza de decirle que él y yo aun continuábamos, pero como amantes. La mañana se nos iba pasando y nos tuvimos que despedir para atender nuestros compromisos. Así que me fui a la oficina y al entrar, lo primero que vi fue la mariposa de cristal sobre el escritorio y recordé que ni siquiera le había dado las gracias por el detalle que había tenido conmigo y no dudé en escribirle. En solo minutos me respondió preguntándome para saber de mí, de cómo había iniciado mi día y duré varios minutos en una conversación que no me desagradaba, hasta lograba sacarme una sonrisa. Nuevamente quedamos en almorzar juntos en el mismo lugar y cada vez había una cercanía entre nosotros. Luis Fernando me miraba y me llevaba a conocer sensaciones diferentes que me dejaban muy confundida. Me sentía muy atraída

físicamente hacia él a pesar de que era el tipo de hombre al que estaba acostumbrado a frecuentar, pero ¿a qué mujer le disgusta que la traten como a una reina? Y eso hacía que me encantara su compañía a pesar de que entre nosotros solo existía una gran amistad.

Los días pasaban y mi vida seguía igual. Todos los días almorzaba con Luis Fernando y a las siete de la noche ya estaba en mi casa esperando que llegara José Alberto para que me diera una buena follada y se marchara a su casa con su familia hasta que un sábado, inusualmente acepté la invitación de Luis Fernando a un paseo a caballo.

—Gracias por aceptar mi invitación, no sabes lo emocionado que estoy. Este lugar es hermoso, lo compré hace un par de años cuando gané mi primer caso en la corte federal —comentó Luis Fernando —Jamás me cansaría de decirle lo guapa que eres, Gabriela —me dijo y fue imposible no sonrojarme delante de él.

—Debo darte las gracias a ti por invitarme y sacarme de la rutina en la que se ha convertido mi vida —le dije al mismo tiempo que me subía en el caballo con su ayuda.

Luis Fernando sonrió y comenzamos la cabalgata, lentamente fuimos recorriendo un sendero muy hermoso donde el verdor me hacía comprender que realmente estaba viva y que aun me quedaban años por disfrutar. En medio del camino, hicimos un silencio que me llevó a escuchar el agua proveniente de una cascada y le pedí que nos detuviéramos, no quería perderme la oportunidad de ver esa majestuosidad de la naturaleza.

—Ven a mirar, mira que fuerza tiene el agua que está bajando —dijo Luis Fernando que ya estaba sobre una gran roca retirada de la cascada.

—¡No lo puedo creer, esto es hermoso! —le respondí quedándome boquiabierta ante lo que estaba frente a mis ojos.

Me sentía emocionada, libre como una mariposa y ahí pude comprender el mensaje que me había querido transmitir Luis Fernando en su nota al obsequiarme la mariposa de cristal. Mientras me quedaba admirando, él se quitó la ropa y se lanzó en el agua. Me quedé sorprendida mirando porque duró algunos segundos debajo y cuando salió, sentí que podía respirar con tranquilidad.

—¡Ven Gabriela, atrévete a saltar, esto es espectacular! —gritó Luis Fernando desde el agua y me aventuré a quitarme la ropa quedándome en ropa interior y me lancé al agua.

Estaba muy profundo el pozo que hacía el chorro de la cascada, pero el agua era tan cristalina que podía ver hasta los vellos de mis brazos. Luis Fernando se acercó a mí y nadamos hasta la roca debajo de la lluvia que producía la cascada y nos quedamos admirando la majestuosidad, pero nuestras miradas se cruzaron y nos fuimos acercando como si algo magnético atrajera nuestros cuerpos mojados y temblorosos por el frío que producía las aguas.

—¿Qué haces Luis Fernando? —le pregunté al notar la cercanía que se estaba dando y no podía resistirme.

—No lo sé, es algo que quiero hacer, se escapa de mis manos. Es un sentimiento involuntario

—respondió y se quedó muy cerca de mí, mirándome a los ojos.

Mi mente y mi corazón se debatían en lo que debía o no hacer, pero lo que sí era cierto es que había un sentimiento involuntario en mí, tal y como le estaba sucediendo a él. Mis labios estaban anhelando ese acercamiento y no pude mencionar ninguna otra palabra, me deje poseer por la magia de ese lugar y un beso apasionado dio lugar a las caricias que desbordaron la pasión entre los dos.

—No, espera por favor, yo tengo una relación. Tú sabes que estoy con alguien y te lo comenté cuando almorzamos juntos por primera vez —insistí en decirle y al notar mi preocupación, Luis Fernando se detuvo y me abrazó con mucha fuerza contra su pecho que pude sentir su erección y el bulto de su enorme polla aun dentro del agua.

—Perdona mi emoción, es que es difícil estar enamorado de ti y no pensar en poseerte. Esto no lo planifiqué para que sucediera de esta manera, no vayas a pensar mal de mí, por favor —me dijo para que me diera cuenta de que lo que sucedía en ese momento era fortuito —Te amo, Gabriela, pero sé que no tengo cabida en tu vida, se que amas a otro hombre y eres feliz con él —comento disculpándose —Tienes razón, no debí ni siquiera pensar en besarte —continuó bajando su mirada.

—No es así, no soy feliz con él, nunca lo he sido. Me mintió y ahora estoy envuelta en una relación que me degrada como mujer. Soy la amante, la otra mujer que solo está con alguien por miedo a estar sola y porque se convirtió en un capricho —le respondí y para no ser más explícita callé que otra de la razones es porque José Alberto follaba como ningún otro y eso también me mantenía atada a su sexo.

—No quiero que sufras por nada, mereces ser feliz. Yo no pretendo mentirte mucho menos hacerte sufrir. Siente aquí mi corazón, cada latido en este momento es por ti, te amo, deseo que estés bien y conmigo —me dijo y me abrazo con más fuerza.

Mis lágrimas se confundieron con las gotas que salpicaban de la cascada y Luis Fernando las quitaba con sus manos. Nos quedamos mirando como si salieran palabras del corazón y giré hasta quedar mi espalda cerca de su pecho. Él me rodeo la cintura con sus manos y con fuerza me abrazó contra él para comenzar a besar mis hombros. Sentí cosquillas por todo mi cuerpo, ya no podía detener lo que estaba a punto de comenzar. Luis Fernando se sumergió y salió frente a mí. No tuvimos que decir ni una palabra, yo no me negué a recibir sus caricias y sus besos porque ya me sentía entregada a él de una manera especial, tan diferente que me hacía pensar que era mi primera vez teniendo sexo.

Los besos continuaron mientras sus manos no dejaban de recorrer mi cuerpo hasta que se detuvo en mis pechos y comenzó a jugar con su lengua traviesa en mis pezones. Con una de sus manos, separó mi braga a un lado y sacó su polla, me tomó por las piernas con ambas manos para llevarme hasta sus caderas y con mi ayuda sentí la penetración profunda. Puse mis manos

alrededor de su cuello para volver a besarlo y él me tomó por las nalgas para subir y bajar, de esa manera se hacían más fuertes los movimientos cuando me penetraba y no dejaba de besarme. En ese momento. Ya no sentía el frío del agua porque el calor se apoderó de mi cuerpo, supe entonces que había algo más que el deseo entre un hombre y una mujer, eso no era otra cosa que amor.

—Te amo, Gabriela, no sabes cuánto he soñado con este momento. Pienso que eres la mujer con la que anhelo pasar el resto de mi vida —me decía al mismo tiempo que me acariciaba mi mejilla para mirarme a los ojos.

Yo parecía una tonta, dejé que mis lágrimas me salieran ante todo lo confundida. Me debatía entre el amor que nacía entre mi pecho y las ganas de sentirme una mujer deseada sexualmente por José Alberto. No solo estaba follándome, Luis Fernando me estaba haciendo el amor y de una manera diferente a pesar de que me daba con fuerzas para que no me quedaran más ganas de estar con otro hombre y lo estaba logrando.

—Luis Fernando...yo... —intenté responderle, pero era demasiadas sensaciones nuevas las que estaba sintiendo mientras me penetraba y justo en ese momento solté un gemido cuando logré tener un grandioso orgasmo y sentí que me desvanecía entre sus brazos cuando él también se vino dentro de mí.

Nos quedamos abrazados como si nos uniéramos en un solo cuerpo, luego posé mi cabeza sobre su cuello y él me sostuvo entre sus brazos mientras manteníamos nuestros ojos cerrados. Dejamos que el sonido del agua al caer de la cascada nos envolviera en un estado de relajación que no sabría decir después de cuánto tiempo volvimos a la realidad, pero al hacerlo me di cuenta de que mi mundo había cambiado por completo. Ya no veía a José Alberto en mi vida, fue como si me hubiese liberado de una carga pesada sobre mis hombros.

—No sé si darte las gracias, si decirte que jamás voy a olvidar este momento o simplemente recordarte al mirarte a los ojos que te amo, que no quiero separarme ni un segundo de ti y siento miedo que esto quede en nada más que un encuentro porque no podría vivir sin mirarme en tus ojos, Gabriela —me dijo con sus ojos bañados en emoción al igual que los míos.

—Yo tampoco quiero separarme de ti, me has enseñado que el amor es esto que sentimos y ninguno de los dos lo estábamos buscando. Nunca había hecho el amor y siento que esta es mi primera vez en todos los sentidos —le confesé con lágrimas en los ojos y es que me costaba un poco aceptar algo que era tan nuevo para mí.

—¡Déjalo, ya olvídate de ese hombre! —me pidió mientras me abraza contra su pecho.

Pensaba en todo lo que me estaba diciendo Luis Fernando y me sentí muy dispuesta a hacerlo, ya nada me tenía que mantener atada a un hombre por capricho cuando estaba siendo correspondida por un buen hombre al que estaba amando y que me había hecho sentir el mejor de los orgasmos haciéndome el amor.

—Sí, lo voy a dejar porque siento que también te estoy amando, en todo este tiempo que

hemos compartido ya estaba sintiendo mucho sentimiento hacia ti, algo especial estaba creciendo en mi corazón y solo era por ti. Me enseñaste que el amor va más allá de mi cama, de lo que pueda suceder ahí. Más allá de una buena posición sexual ¡Se trata de esto, del contacto de la piel, de un cruce de miradas, de una seguridad, de un presente! —le respondí con una sonrisa, esa que me daba el amor que había surgido entre Luis Fernando y yo.

Sellamos esas palabras con un largo beso y no podíamos dejar de sonreír. Comenzamos a nadar debajo del agua y fue maravilloso salir a la superficie a respirar y encontrarnos con nuestras miradas enamoradas que al final nos obligaban a unir nuestros labios en un beso y abrazos. Juguetearnos a alcanzarnos, como unos niños que se descubrían en sus travesuras y me gustaba hasta que ya la noche se apoderaba del cielo y tuvimos que salir para dejar el lugar que me había llenado de tanta felicidad incomparable.

—No quisiera irme de este lugar, aquí creo que estoy renaciendo, me siento tan libre como las mariposas. Cada segundo puedo comprender que siempre estuve equivocada, pero de esto se trata la vida y siempre hay momento para retomar y yo contigo lo estoy haciendo, te amo Luis Fernando —le respondí y nos besamos antes de despedirnos e irnos por nuestro lado.

—Yo también te amo Gabriela y me hace muy feliz saber que tú sientes lo mismo. Ya quiero que amanezca para verte nuevamente, mi vida —me dijo y en ese momento supe que tenía que poner mi mente en orden para dar riendas sueltas a nuestro amor.

—Espera Luis Fernando, mañana domingo necesito estar conmigo misma porque quiero poner mi mente en orden. No ha sido fácil para mí asumir este amor después de estar en una relación como ya te la he explicado mi vida. Deja que maneje esto y te voy a poner al tanto, te amo y quiero que las cosas sean correctas entre nosotros —respondí al mismo tiempo que me abraza a su cuello.

—Confío en ti, mi vida, voy a estar esperando que me avises para poder gritarle al mundo que te amo y que quiero pasar el resto de mis años contigo —contestó a mi propuesta y nos besamos para despedirnos.

No me podía sentir más feliz, iba en mi coche tarareando baladas de mi reproductor de música. Por mi cabeza solo rondaba la palabra te amo, esa que siempre soñé con decirla, pero sobre todo con pronunciarla y sentirla en verdad como me estaba sucediendo. Al llegar a mi casa Luisa estaba terminando de asear todo y me recibió con una sonrisa. Fue inevitable no contarle que me encontraba felizmente enamorada y también se llenó de alegría por mí. Solo cabía la felicidad en mi rostro y nada podía empañar lo que me estaba ocurriendo. Apenas se marchó Luisa, el timbre de la casa se escuchó y pensé que había sido ella, que se le había olvidado algo y entre risas corrí a abrir, pero para mi sorpresa era José Alberto.

—¿Tú, aquí hoy sábado? —le pregunté con asombro porque era algo inusual ya que solamente nos veíamos a la siete de la noche y nada más que de lunes a viernes.

—Sí, quise venir a saludar a mi amante y saber que me extrañaba como yo a ti —contestó y tuve que acercarme a él para ayudarlo a levantar porque estaba completamente borracho.

—¡Estás borracho, José Alberto! Debiste ir a tu casa y no venir acá en ese estado, ve con tu familia por favor —le pedí al verlo tan descompuesto y bajo el riesgo que puede padecer una persona en su estado detrás del volante de un coche.

—¡No, a mi casa no quiero ir ahorita! ¡Vine a follar contigo, con mi puta y luego me voy con mi esposa! —contestó hiriéndome crudamente con sus palabras.

—Pues lo siento José Alberto, pero lo nuestro se terminó. Yo no puedo estar con alguien como tú para quien la mujer es nada, solo un objeto sexual que usas y dejas de usar cuando se te pega la gana —le respondí con mucho enfado al mismo tiempo que le abría la puerta para que se marchara.

José Alberto me miró y soltó una carcajada al mismo tiempo que se sostenía de la pared para no caerse. Me estaba poniendo muy nerviosa al verlo de esa manera porque no sabía cómo iba a reaccionar con mis palabras.

—¿Acaso eres tonta? ¿No te das cuenta de que a mí no me deja quien quiere? ¡Yo decido cuándo te voy a dejar, Gabriela! —respondió de manera muy hiriente.

—Creo que estás equivocado, te me marchas de mi casa y nunca más vuelvas a venir. Entiende de una vez por todas que no quiero nada contigo, no soy tu amante ni tu puta —le insistí levantando la voz.

—Vaya que tienes carácter, por eso me encantas ¡Eres la mejor con quien he follado! —dijo riéndose al mismo tiempo que se adentraba a la sala buscando el sofá para sentarse.

Se dejó caer sobre el sofá y puso su cabeza sobre el almohadón. No pasaron ni tres minutos cuando José Alberto se quedó dormido. Por más que intenté levantarlo no pude, era más fuerte y pesado que yo, mucho más grande siquiera para intentar arrastrarlo hasta mi coche.

## Capítulo X

Miré la hora en el reloj de pared e iban a ser la nueve de la noche, no sabía si llamar un servicio que lo trasladara hasta su casa porque ni siquiera sabía su dirección. Lo único que se me ocurrió fue quitarle los zapatos y acomodarlo mejor sobre el sofá ya para cuando despertara nos podamos sentar a hablar como dos personas adultas y se marchara de mi casa sin problema alguno.

Era evidente que no se iba a despertar en el momento y yo me sentía muy cansada y decidí tomar un baño con agua caliente mientras él estaba en el sofá como ausente porque estaba completamente dormido. Cuando salí de la ducha ya con una toalla que envolvía y cabello y la bata, el timbre de la casa sonó nuevamente y me acerqué silenciosamente para no despertarlo, pero era Luis Fernando. Había llegado de sorpresa en el peor momento, en uno que no me hubiese gustado que presenciara.

—¡Mi vida, sé que me comentaste que querías estar sola mañana, pero no hoy! Así que vine con una botella de vino para que podamos terminar nuestra velada y así me permites amanecer contigo y que mis ojos al despertar te vean únicamente a ti —me dijo con un abrazo, pero los ronquidos escandalosos de José Alberto le hicieron un llamado a su atención —¿Tienes visita? ¿Llegué en un mal momento, Gabriela? —preguntó con seriedad al mismo tiempo que abría más la puerta para poder mirar.

A lo lejos se veía claramente a un hombre acostado cómodamente en el sofá mientras yo estaba con una bata de baño y la toalla en la cabeza. Una escena que no podía significar algo más que estaba con mi pareja o con alguien que tenía mucha intimidad conmigo y no supe cómo manejar la situación más que contestar con la verdad.

—¡Él es José Alberto, de quien te he hablado en todo este tiempo! Vino hace unos minutos y supe cómo pedirle que se marche. Se quedó dormido en el sofá, pero apenas pueda lo llevo a rastras a su coche —le respondí sin ninguna mentira, pero la expresión en su mirada me hizo creer que no creía en mis palabras.

—¡No puedo creer esto, Gabriela! Me siento tan decepcionado de saber que pretendas seguir en esa relación que no te ofrece nada más que sexo ¡Te burlaste de todo lo que hablamos, de lo que recién acabamos de vivir! Eres una mujer falsa y pensé que era alguien especial, cuánto lamento que me hayas hecho esto —respondió y se marchó con sus ilusiones y las mías.

Le grité para que esperara, necesitaba hablar con él y decirle que lo que estaba creyendo no era cierto. Intenté salir, pero me di cuenta que apenas vestía con la bata de baño y me detuve en la puerta. Comencé a llorar, me sentía impotente al darme cuenta de que no le había fallado a nuestro amor, solo estaba pasando por un mal momento y era que José Alberto me estaba saboteando sin querer mi decisión de alejarlo de mi vida. Quise Decirle a Luis Fernando que ya

había roto esa relación y que estaba completamente libre para él y para vivir nuestro amor.

Me acerqué llorando al sofá y comencé a gritarle a José Alberto para que se levantara, le grité y me di cuenta de que se estaba haciendo el borracho, era cierto que había bebido, pero cuando le mencioné que ya quería romper mi relación con él se hizo la víctima para quedarse.

—¡Márchate ya de mi casa, no quiero volver a verte en mi vida! —le grité una vez más apenas se sentó en el sofá riendo.

Cuando se puso de pie comencé a golpearlo, estaba tan enfadada que no medí que se trataba de un hombre fuerte y de un solo golpe, José Alberto me golpeo en el rostro y me lanzó al piso. Grité pidiendo ayuda, pero él se me vino encima y trató de meterme su polla a la fuerza.

—¡Tú eres mía hasta que yo decida, Gabriela! —gritó mientras abría mis piernas con fuerza bruta —Voy a pegarte una follada que no te van a quedar más ganas de estar con alguien —dijo y cuando me iba a penetrar, entró Luis Fernando abruptamente.

—¡Suéltala, esa mujer ya no te pertenece! —gritó Luis Fernando y lo levantó a golpes para quitármelo de encima.

A punta de golpes logró sacarlo de mi casa mientras yo estaba casi sin respirar, muy agitada por lo que estuvo a punto de pasarme.

—No puedo creer que ese hombre se haya comportado como un animal conmigo y lo peor es que me cuesta aceptar que estuve imaginándome una vida con él ¡Me da asco, asco! —le dije a José Alberto mientras él me ayudaba a levantarme del piso.

—No digas nada, quiero pedirte perdón por no haber creído en tus palabras cuando me contaste lo que estaba sucediendo con él —me dijo abrazándome muy fuerte contra él y no dejaba de besar mi frente.

—Pensé que te habías ido, jamás imaginé que podía venir a salvarme de ese mal hombre, mi vida —contesté mientras me quedé mirándolo.

—Estaba en frente a mi coche y no sabía si irme o regresar por ti, fue entonces cuando escuché tus gritos de auxilio y no dudé ni un segundo en venir a ayudarte. Moriría si llega a sucederte algo, te amo demasiado Gabriela —respondió —¡Mira cómo te ha dejado ese desgraciado! Te rompió ese rostro tan precioso, aun así sigues siendo la mujer más guapa del mundo, mi vida... déjame curarte —dijo mientras me acariciaba mi rostro con mucha sensibilidad.

Nos fuimos abrazados hasta mi habitación y ahí busqué el cajón de primeros auxilios para dárselo a Luis Fernando. Después de cuidar mi herida, se acostó a mi lado y con sus caricias en mis cabellos me quedé profundamente dormida, pero a los minutos, sentí que él se acostó a mi lado, pude notar su respiración sobre mi cuello que hizo que me despertara. Me volteé para quedar frente a él, ya estaba sin camisa y con su mirada que me hacía sentir poseída por el amor que había entre él y yo.

—Me gusta que estés aquí conmigo y que te hayas quedado solo para cuidarme —le dije con

un suave beso.

—No podía dejarte sola, así tan desvalida, tan frágil. Quiero que sepas que siempre voy a estar para cuidarte y para amarte más allá de esta cama —me dijo y al abrazarme, sentí tanta seguridad que volví a quedarme dormida entre sus brazos.

Cuando desperté, mi mundo había sido tal y como lo había soñado. Desperté al lado del hombre que amaba y con el que soñé una vida diferente, alejada de todas las travesuras que había vivido. Luis Fernando abrió sus ojos y me miró, sonrió y me dio un beso seguido de un gran abrazo.

Quedé completamente desnuda al despojarme de la bata de baño con la que me había quedado dormida toda la noche. Luis Fernando se quitó el pantalón y se metió debajo de la sabana para estar junto a mí. Sentía que mi cuerpo ardía en llamas por el deseo de saberme amada por él y las ganas se me juntaron al caer en cuenta que me iba a follar como ningún otro hombre lo había hecho, con las fuerzas y el amor que se combinaban para darle riendas sueltas a la pasión que ambos sentíamos.

Me subí encima de Luis Fernando, me di cuenta de que le sorprendió un poco, pero no quería estar cohibida por el contrario, era nuestro momento en el que todo se valía para complacernos y metí su polla en mi vagina y comencé a cabalgar moviendo mi cadera de manera que pudiera sentir las contracciones de su erección y gemía de puro placer. En su rostro, la expresión me indicaba que estaba disfrutando y seguía complacido mirándome hasta que el deseo fue aumentando y me tomó por la cintura con sus grandes manos para acelerar mi cabalgata y grité por sentir el enorme pollón hasta mi ombligo.

Pero de un solo giro quedé debajo de Luis Fernando y unió mis manos hacia mi cabeza dejándome indefensa y sin poderlo tocar. Con su otra mano me rodeó la cintura y separó mis piernas con las suyas para penetrarme una y otra vez hasta que ambos, como si la conexión se hiciera cada vez más fuerte, logramos un orgasmo en un solo gemido de placer.

—Hacer el amor contigo es algo sublime, tienes la medida perfecta. Jamás creí que se podía combinar tanto en una sola persona —le dije a Luis Fernando sonriendo por lo que se me venía a la mente.

—¿Combinar? ¿Y qué crees que es mi combinación que hace que te guste tanto, mi vida? —me preguntó con una mueca de picardía en su boca.

—Pasión, deseo, amor, una enorme polla y unos movimientos de penetración que me enloquecen —respondí sonrojada mientras él no paraba de reír a mi elocuente comentario.

—¡Vaya, eso es un cumplido! —respondió entre gritos mientras se me venía encima para hacerme cosquillas.

Pasamos el día entre la cama, la cocina y el balcón, pero más allá de mi cama, era lo que compartimos Luis Fernando y yo. Hablamos de nuestros recuerdos, de nuestros sueños y

proyectos, lo mejor es que en todos ellos nos involucrábamos los dos como si tuviéramos muchos años conociéndonos, amándonos como novios. Sabíamos que nos quedaba mucho por recorrer, teníamos que romper las barreras y prejuicios de la sociedad por amarnos tan de prisa y no nos importaba lo que dijeran los demás. Al día siguiente le marqué al móvil de Sheila porque lo que me estaba ocurriendo era digno de decirlo a mi única gran amiga, la que se iba a alegrar por mi felicidad.

—¡No lo puedo creer, mi amiga Gabriela ya tiene novio! —gritó emocionada a través del parlante del móvil —Solo te pido que abras bien los ojos y no te dejes deslumbrar a primera vista, ya ves lo que te sucedió con José Alberto, ¿Quién dice que no te esté pasando igual con él? —preguntó Sheila, siempre con su ojo detallista que ya no me disgustaba.

—Sé que te había dicho que con José Alberto sentía que había algo diferente y me equivoqué. Pero ya verás que Luis Fernando es el verdadero amor. Haremos una fiesta para hacer algunos anuncios y necesito que estés ahí con nosotros, eres una de las personas más importantes en mi vida —le pedí con una lágrima de emoción en mis ojos.

—¡Ahí estaré amiga, cuenten conmigo! Aun no conozco a Luis Fernando y ya siento que tienes razón. Les deseo lo mejor a ambos, mereces ser feliz, Gabriela. Por cierto, ayer hablé con Claudia, ella está muy avergonzada por lo que hizo y quiere saber si estás dispuesta a escucharla y perdonarla —comentó Sheila y no dudé en contestarle.

—Gracias amiga y con respecto a Claudia, no quiero ni que le digas lo que te acabo de comentar, por nada del mundo quiero que ella se aparezca en mi fiesta, no vaya a ser que le dé ahora por follarse a Luis Fernando para probar si realmente él me ama como yo ¡No, prefiero no saber nada de ella! Me falló como amiga y como hermana, porque eso era ella para mí y voy a dejarte, es que debo ir a la oficina —le respondí con seguridad en mis palabras.

Salí a la oficina con una gran sonrisa, era inevitable ocultar tanta felicidad ¡Me sentía libre, como una mariposa volando! Estaba satisfecha en el sexo y en el amor, qué más podía pedir, estaba realizada en todos los sentidos. Cuando llegué, saludé a todos de una manera diferente, era obvio que lo estaban notando y no me importaba sin hacían algún comentario aunque debo decir que todos hablaban muy bien.

—¡Ana, buen día! ¿Qué has hecho hoy, mujer? Te ves muy radiante, jamás había visto esa expresión tan romántica en tu mirada —me dijo acentuando su sonrisa, tal vez eso cambie un poco cuando sepas que te están esperando en tu oficina.

—¿En mi oficina, quién me está esperando Ana? —pregunté a mi asistente con curiosidad.

Me imaginaba que al entrar iba a ver a Luis Fernando sentado sonriente y esperándome para decirme lo mucho que amaba por eso no dudé en entrar y cuando lo hice, corrí hacia el escritorio para márcale a seguridad para que le llevara y comencé a gritar al ver que era José Alberto quien estaba frente a mí.

—Por favor deja eso, no voy a hacerte nada, por el contrario quiero pedirte perdón. Cuando fui a tu casa es porque mi esposa me botó, me sacó mi ropa y me pidió que no regresara. Nos vamos a divorciar porque me descubrió con otra mujer, estábamos follando en mi coche y no pude hacer nada, intenté refugiarme en ti ¡Soy una basura de hombre! —me dijo con sus ojos cargados de tristeza pero no creía nada de lo que me decía.

—Lo tienes bien merecido, a mí me hiciste mucho daño aun sabiendo que ya estabas con otra mujer. Ya no me interesa escucharte, lo que te ocurre es porque te lo ganaste a pulso. Perdiste a una gran mujer, a tu esposa porque no amas a nadie más que a ti mismo y solo complaces a tu polla como el cerebro que tienes se te va cada vez que botas el semen y te quedas con la cabeza hueca, vacía que no te da para pensar que haces daños y yo fui una tonta, una boba que ya despertó y me di cuenta de que no era amor. Ahora estoy con un verdadero hombre, nos amamos y somos muy felices ¡Ahora vete de aquí! —le respondí sin que me quedara algo reservado.

José Alberto no dijo nada, solo se levantó y se marchó cabizbajo de mi oficina. Respiré profundamente y sentí como vino la calma a mí vida nuevamente, así mi día se torno diferente y pude encontrarme con mi enamorado al final de la tarde para organizar todo lo de la fiesta. Cuando llegó el día, me sentí muy nerviosa y también bastante confundida porque siempre iba en contra a lo arraigado de pertenecer a mi clase social en la que se debía seguir normas o patrones para no ser juzgada.

—¿En qué piensas, mi vida? Ya quedan pocas horas para que comience la celebración de nuestro compromiso —me preguntó Luis Fernando al verme mirando en el balcón con mi mente aislada en un pensamiento.

—Estoy pensando, mi vida. No quiero ir a esa fiesta, sé que nosotros la hicimos y nadie nos obligó, pero con el solo hecho de saber que de igual manera nos van a criticar así todo salga a la perfección. No quiero que nuestro amor sea para alguien más que nosotros —le dije con sinceridad.

—¿Quieres que nos escapemos y celebremos a nuestra manera? —me preguntó con esa mirada de picardía que me enamoraba porque me excitaba cuando la hacía.

Asentí con la cabeza y nos levantamos mientras él me veía meter algo de ropa en un equipaje. Pasamos por su casa para buscar sus cosas y de ahí en su coche nos fuimos por las afueras de la ciudad hasta llegar al aeropuerto donde tomamos un vuelo hasta Las Vegas ¡Sí, Las Vegas! Ese lugar donde la gente loca como nosotros va a casarse con algunos testigos que no saben reconocer el sentimiento.

—Y nuestros padres no se van a molestar por esto, mi vida —comentó Luis Fernando, ellos viven en sus mundos, así que solo basta nuestro amor como testigo y de eso nos sobra mucho —contestó para hacerme sentir bien y con eso ya lo había logrado —Déjame arreglarte ese vestido —me dijo y me dio media vuelta dejando que comenzara a besar mi espalda.

En vez de ayudarme a vestir, Luis Fernando me levantó la falda de vestido y metió su mano en mi vagina, no demoré mucho en mojarme y él al notarlo se bajó el pantalón y me metió su polla para follarme mientras yo recostaba mis manos sobre el tocador para que pudiera tomarme por las cadera y ejercer esos movimientos profundos que me hacían enloquecer. Tan solo unos minutos pasaron cuando logramos ambos un orgasmo y no quedamos exhaustos por el ejercicio. Nos vestimos nuevamente y nos acercamos a la capilla donde el cura nos iba a casar. Todo estaba decorado como lo habíamos pedido y se dio una ceremonia muy discreta y hermosa.

Sin el ojo de la gente que solo sabe juzgar, Luis Fernando y yo nos decidimos a vivir en plenitud mudándonos a las caballerizas que él había comprado, en ese lugar mágico donde la naturaleza había puesto su nobleza dibujando cada uno de sus extremos pero sobre todo la cascada que nos traía los mejores y más gratos recuerdos de nuestro cercano amor. Nos subimos en los caballos e hicimos el recorrido, intentando traer a nuestra mente aquel recuerdo de la primera vez y así hicimos. Logramos acercarnos cada día a la cascada que me hizo despertar de mis errores y equivocaciones haciendo que comprendiera que el amor era esto, no era banal ni caprichoso, era libre como una mariposa volando alrededor de nosotros.

Así es que quería verme en mi vida, feliz y amada. Eso había sido gracias a Luis Fernando, por su perseverancia me di cuenta y aprendí a reconocer el verdadero sentimiento del amor y supe que iba más allá de mi cama. Nada es fortuito, todo tiene un porqué y esa era la razón que me llevó a probar del sexo de las miles de manera, pero aun así quedaba vacía hasta que mi príncipe vino a rescatarme de este no cuento de princesas y sexo.